

Las Visiones de Juan en Patmos

Apocalipsis Capítulos 1 al 3

CONTENIDO

*	<i>PREFACIO</i>	<i>Pág.</i>	<i>2</i>
*	<i>INTRODUCCIÓN</i>		<i>2</i>
*	<i>APOCALIPSIS 1</i> <i>La visión de Juan</i>		<i>6</i>
*	<i>APOCALIPSIS 2</i>		
—	<i>EFESO</i>		<i>11</i>
—	<i>ESMIRNA</i>		<i>18</i>
—	<i>PERGAMO</i>		<i>24</i>
—	<i>TIATIRA</i>		<i>29</i>
*	<i>APOCALIPSIS 3</i>		
—	<i>SARDIS</i>		<i>36</i>
—	<i>FILADELFIA</i>		<i>43</i>
—	<i>LAODISEA</i>		<i>49</i>

Las Visiones de Juan en Patmos

*“Yo soy la raíz y el linaje de David,
la estrella resplandeciente de la mañana”
Apoc.22:16.*

PREFACIO

Los siguientes capítulos, primeramente, publicados en la revista *The Christian Friend and Instructor*, han sido cuidadosamente revisados; y una introducción ha sido escrita, y unas pocas notas añadidas donde alguna luz adicional ha sido recibida a través de una posterior consideración y estudio de las Escrituras. Ellas son ahora encomendadas al Señor, de quien sólo puede venir la habilidad para escribirlas, por Su bendición y a la cuidadosa atención del lector. Pueda Aquel que cierra el canon de la inspiración con el anuncio, “*ciertamente vengo en breve*”, producir en los corazones de los lectores y escritor la respuesta, “*Amén, si, ven Señor Jesús*”.

INTRODUCCIÓN

Hay una gran diferencia, cuidadosamente notada en las Escrituras, entre el ministerio de Juan y aquel de Pablo y Pedro. Aquel de Pablo se nos señala en Col.1, que su ministerio tiene un carácter doble, correspondiendo con las dos formas en las cuales Cristo es Cabeza, como se nos presenta allí; aquel del evangelio que era predicado a toda la creación bajo el cielo, fluyendo de la preeminencia de Cristo en la creación, y el ministerio de la iglesia, el cuerpo de Cristo, como conectado con Él como Su cabeza. El ministerio de Pedro, por otra parte, estuvo limitado a la circuncisión; y, mientras él toca sobre la iglesia como una casa espiritual, que estaba siendo edificada de creyentes como piedras vivas sobre Cristo la Piedra viva, aun así él, como guiado por el Espíritu Santo, ve a los creyentes en el carácter de peregrinos en su camino, con Cristo resucitado como su esperanza viva, para “*una herencia incorruptible, ...reservada en los cielos para vosotros que sois guardados por el poder de Dios por medio de la fe para salvación, que está preparada para ser manifestada en el último tiempo*” (1ª Ped. 1:1-5), pero Juan tiene un ministerio diferente; él no entra en las

dispensaciones; tampoco, aunque una o dos veces declara el hecho (como en Jn.13:1; 14:1-3; 17:24 y 20:17), él no lleva al creyente, tampoco al Señor, arriba al cielo. Jesús, para él, es una Persona Divina, el verbo hecho carne manifestando a Dios y Su Padre, la vida eterna descendiendo a la tierra. En adición a esto, otra clase de ministerio le fue encomendada a él, en una forma misteriosa, y por el mismo Señor después de Su resurrección, en las palabras dirigidas a Pedro concerniente a Juan, “*Si Yo quiero que él quede hasta que Yo venga, ¿a ti qué?*” (Jn.21:22). Porque difícilmente puede haber dudas de que el libro de Apocalipsis es el cumplimiento de su misión, para la cual él fue designado.

Puede decirse, además, que un más detallado examen revela una conexión íntima entre los dos últimos capítulos de su evangelio y el Apocalipsis. En Jn.20, en adición al establecimiento de la asamblea como reunida con Cristo en medio de ella, tenemos la conversión del remanente Judío del último día, tipificado por Tomás quien creyó al ver (ver Zac.12:10-13); Jn.21 nos presenta la reunión de las naciones durante el milenio, y nos muestra en figura por los discípulos arrojando su red al lado derecho de la barca, al mandato de Cristo resucitado, y no siendo capaces de sacarla a la orilla debido a la multitud de peces. Hay, por tanto, tres épocas en estos capítulos, aquella de la iglesia, esa de la conversión del remanente Judío, que tendrá lugar a la aparición de Cristo, y aquella de la reunión de las naciones, después que el reino haya sido establecido en poder. El libro de Apocalipsis contiene estas tres épocas, presentadas en una forma especial, después de la visión del Hijo del hombre registrada en Apoc.1, junto con los eventos en el cielo y los juicios sobre la tierra, que están conectados con, y preceden, la aparición de Cristo, como el justo Heredero, para tomar Su poder, y cumplir en gobierno todo lo que Dios es, como revelado en relación a la tierra, y reinar hasta que todos los enemigos sean puestos bajo Sus pies. El estado eterno, en toda su belleza y perfección, cierra el tema del libro, esa sorprendente escena en la cual Dios será todo en todo.

El lector estará mejor preparado para estudiar el libro inteligentemente, si el aspecto especial en el cual la iglesia es presentada en este libro es considerado. Fue la misión de Pablo el desplegar la verdad de la iglesia como el cuerpo de Cristo, y como la habitación de Dios a través del Espíritu (ver, por ejemplo, Efes.2 y 3, en adición a Col.1, ya citado) pero el testimonio ministerial de Juan en cuanto a la asamblea la considera exteriormente sobre la tierra en su estado de decaimiento, a Cristo juzgándola, y la verdadera iglesia o asamblea, la ciudad capital y asiento del gobierno de Dios sobre todo el mundo, al fin, pero en gloria y gracia. Ésta es una morada, y donde mora Dios y el Cordero. En una palabra, la iglesia como considerada por Juan (Apoc.1-3) ocupa una posición de candelero, y es de esta forma considerada como la portadora de la luz de Dios, Su testimonio responsable en el mundo. Es en este carácter que la iglesia es sujeta a juicio y rechazo, como se registra en Apoc.2 y 3.

Esto puede ser un poco más plenamente explicado. Antes del Cristianismo, el Judaísmo, Jerusalén como su expresión en el reino, fue el candelero de Dios, y

esto fue simbolizado por el candelero con siete brazos en el tabernáculo y el templo. El profeta por tanto podía decir a Israel, *“vosotros sois mis testigos, dice Jehová”*; porque ellos, y sólo ellos, fueron establecidos como un testimonio en el mundo de lo que Dios era como revelado a Israel. Como el candelero que Dios mismo había establecido e iluminado, Jerusalén estaba sujeta a juicio, así final y públicamente fue rechazada. Hubo cuatro etapas en este proceso de juicio y rechazo. Al final de Mt.23 el Señor pasa sentencia sobre éste, en las palabras *“he aquí, vuestra casa es desolada, porque de cierto os digo, que no me veréis más, hasta que digáis bendito el que viene en el nombre del Señor”* (v.38-39); y el versículo siguiente nos dice que Él, *“se alejó del templo”*. La cruz, en próximo lugar, demostró que los judíos han rechazado a su Dios. Los principales sacerdotes dijeron, *“No tenemos a rey sino a Cesar”* (Jn.19), aun así, la paciencia de Dios siguió esperando; y el apóstol Pedro llamó al arrepentimiento a la nación, para que sus pecados pudiesen ser borrados, de manera que tiempo de refrigerio pudiesen venir de la presencia del Señor, y para que Jesucristo pudiese serles enviado (Hech.3). Este nuevo trato de Dios con Su pueblo continuó hasta Esteban; y después la nación rechazó el testimonio del Espíritu Santo, como ya habían rechazado el de Cristo. La nación entonces fue puesta a un lado; fue alrededor de treinta años después que Dios públicamente y frente a todo el mundo, quitó Su candelero por medio de la destrucción de Jerusalén, este acto fue “el fin judicial de la historia Judía”. Y el punto que debe observarse es éste: que **la responsabilidad de Jerusalén, como candelero de Dios, quedó hasta que ella fue judicial y públicamente puesta a un lado**. Como ha dicho otro: «Jerusalén fue el asiento del testimonio de Dios, Su candelero había estado allí y su posición ante el mundo sólo terminó en su destrucción por el juicio de Dios. Después de esto, el candelero de Dios, en un sentido terrenal, estuvo en la iglesia profesante. Hasta entonces, los Cristianos han sido, ante los ojos del mundo, una secta de los Judíos»¹.

La aplicación de estos principios a la iglesia, como el vaso de testimonio de Dios en el mundo, es evidente. En este carácter, como se ve claramente por Apoc.1, donde Cristo es visto como Hijo del hombre en medio de los siete candeleros de oro, y por la amenaza a quitar el candelero de Éfeso, si no hay arrepentimiento, la iglesia fue puesta en el lugar de Jerusalén como porta luz de Dios en el mundo. Como ocupando su posición, ella es juzgada, y la sentencia final se registra en Apoc.3, en la carta a Laodicea, *“Te vomitaré de mi boca”*. Pero, como en el caso de Jerusalén, puede haber varias etapas en la ejecución de la sentencia. Cuando los santos hayan sido tomados para ir al encuentro del Señor en los aires, Él rechaza completamente la cosa profesante exterior como Su testimonio; pero su responsabilidad permanecerá mientras ésta ocupe el lugar de profesión ante el mundo. Puede haber, por tanto, como con Jerusalén, alguna visitación pública de juicio que será vista como poniéndola a un lado para siempre, como Su

¹ *Collected Writings of J. N. Darby, vol. v.*

testimonio, como aquello que ha llevado el nombre de Cristo.

Si el lector ha comprendido el aspecto de candelero de la iglesia, como se ha descrito ahora, esto le facilitará inmensamente su comprensión de los primeros tres capítulos de Apocalipsis, y al mismo tiempo, lo salvará de ser extraviado por muchas enseñanzas erróneas acerca de esta porción de las Escrituras.

Una o dos palabras pueden añadirse, aunque el tema también es tratado en el texto, sobre la cuestión de los ángeles. Como en otras partes, en acuerdo con el simbolismo, las estrellas nos presentan una autoridad subordinada; de esta forma el sol es supremo, la luna es una autoridad derivada, y las estrellas una subordinada (ver Gén.1:16 y Sal.136:9). Ellos son también porta luces, y como tales han sido puestos en el firmamento por Dios mismo. Tener estas características en mente ayudará a la interpretación del símbolo como aplicado a los ángeles de las iglesias. Primero, ellos son, entonces, los representantes de Dios en las iglesias, no los representantes de las iglesias ante Dios; ellos son quienes deben gobernar para Él, y mientras la iglesia, como hemos visto, es una porta luz ante el mundo, las estrellas (los ángeles) dan luz en la iglesia. Es como representantes de Dios (de Cristo) que Él los sostiene, como se ve en los cap.2 y 3 de Apocalipsis, responsables por el estado de la asamblea.

La cuestión acerca de si el ángel representa a un individuo o a un número de ellos es fácilmente respondida. Estas siete iglesias representan el estado de la iglesia; por ejemplo, Éfeso describe ese estado de la iglesia a la muerte de los apóstoles; y teniendo en mente esto, sería pretencioso hablar de un ángel, en toda la iglesia, como siendo una sola persona. Es verdad que allí estaba la asamblea local de Éfeso; sólo que el hecho de ser el representante de la condición de toda la iglesia muestra la imposibilidad de interpretar el símbolo como de una persona. Desde el significado de éste, como se ha dado arriba, un ángel describe todo, en cualquier fase de la iglesia descrita bajo siete iglesias, sean pocos o muchos, quienes ocupan el lugar de dar luz y autoridad en la asamblea.

El alcance de esta interpretación de los ángeles será rápidamente comprendido. Si ellos son los representantes de Dios, es su estado con lo cual se trata, y con su estado como responsable ante Dios por la asamblea. Sin embargo, el estado de la iglesia es ampliamente determinado por el estado de las estrellas; porque quienes dan luz, enseñan, y aquellos que gobiernan, poseen el poder formativo. Entonces es que la instrucción de estas cartas es para todos los que tienen oídos para oír, y para escuchar lo que dice el Espíritu a las iglesias. La exhortación al ángel de Tiatira, por ejemplo, contiene al menos cuatro clases. Allí tenemos, primeramente, al ángel. Después es introducida Jezabel; y debe notarse claramente que el ángel es censurado por permitir actuar a Jezabel, y por la introducción de su enseñanza, los comienzos del sistema de error Romano, y también tenemos allí a un remanente fiel; y finalmente está el vencedor. Sobre lo que deseamos poner énfasis es, que Jezabel representa al sistema papal, y que el Señor tiene por responsable al ángel por su aparición y establecimiento. De igual modo, en cuanto a Sardis, es el ángel quien ha caído en el estado allí

descrito, y es tenido como responsable, y quien es llamado a arrepentirse. Pero sobre el mismo principio afirmado, que el ángel posee el poder formativo, él viene a ser la expresión de casi el estado general de cosas. Decimos “casi general”, porque se hace una excepción en las palabras, “*tienes unos pocos nombres en Sardis que no han manchado sus vestiduras*”.

El resto del libro es explicado, de acuerdo con la luz dada, en el orden de los capítulos; y si el lector pesa las declaraciones hechas, y las compara con la enseñanza de las Escrituras, recordando al mismo tiempo, que sólo el Espíritu Santo puede efectivamente comunicar el pensamiento de Dios, y abrir nuestros corazones para recibirlo, él ciertamente será guiado a comprender en alguna medida el importante contenido de esta porción del volumen inspirado.

APOCALIPSIS 1 — LA VISIÓN DE JUAN.

Antes de entrar a considerar las epístolas o cartas a las siete iglesias, la visión en la cual Juan recibió su comisión debe necesariamente, aunque brevemente, ocupar nuestra atención. Primero, puede señalarse, como tratando sobre la naturaleza del libro, que Dios mismo es la fuente de todas las comunicaciones que este libro contiene. Ésta es “*La revelación de Jesucristo, que Dios le dio, para manifestar a sus siervos las cosas que deben suceder pronto*”; y después, leemos “*y las declaró enviándola por medio de su ángel a su siervo Juan*” (v.1). Las siguientes palabras explicarán el significado de estas expresiones. «La revelación pertenece a Jesucristo, Él la ha recibido de Dios, y Él la ha mostrado a Su siervo Juan. Aunque Dios, sobre todo, bendito para siempre, Él es aquí visto como Hijo del hombre, el rechazado Mesías o Cordero, y así Cabeza sobre todas las cosas. El hecho de que la revelación es confiada a Él es importante, porque una vez más hace de ésta el testimonio de Jesús; y la palabra de Dios, siendo comunicada por medio de Jesús, y dada a Él por Dios. Este testimonio de Jesús y de la palabra de Dios viene como una visión a Juan. Que ha registrado todo lo que ha visto».

Después de esta descripción que nos presenta la naturaleza del libro, el Espíritu de Dios, de cuyo poder el registro de Juan da testimonio, se detiene, para proceder a pronunciar una bendición especial sobre los que leen y escuchan “*las palabras de esta profecía, y guardan las cosas en ella escrita: porque el tiempo está cerca*” (v.3). De esta forma se nos advierte contra el permitir que este libro caiga en el descuido, y somos estimulados por esta prometida bendición a leer y atesorar sus palabras divinas en nuestros corazones, y más aún, cuando el tiempo está cerca, y cuando todo será cumplido. La luz pura de esta profecía brilla sobre la oscuridad de este día malo, para mostrar el camino para el pueblo de Dios, como también para indicar el futuro de la iglesia y del mundo, mientras esperamos el retorno del Señor.

Juan, después, comienza sus exhortaciones “*a las siete iglesias que están en Asia*”, y ante todo, les envía a ellas un mensaje de gracia y paz, no todavía,

como en las epístolas paulinas, de parte del Dios y Padre y del Señor Jesucristo (y esto enseñará al lector el carácter del fundamento que Juan ocupa aquí), sino de Aquel que es, fue, y ha de venir. Esto expresa a Dios en Su absoluta existencia, el “Yo Soy”, pero conectado, o más bien identificado, con Aquel que se ha revelado a Sí mismo en edades anteriores, a los patriarcas y santos de antiguo, y quien, como Aquel que ha de venir cumplirá sobre la tierra todo aquello en lo cual Él se ha revelado. El saludo también viene “*de los siete espíritus que están delante de su trono*”, no vemos ahora al Espíritu Santo morando en la iglesia sobre la tierra, sino al Espíritu en la plenitud de Su poder, y en una forma séptuple ante el trono, porque está entonces conectado con el gobierno de la tierra. Y finalmente, de parte “*de Jesucristo el testigo fiel, el primogénito de los muertos, y el soberano de los reyes de la tierra*” (v.5). Esta comprensiva representación de Cristo es todo en relación con la tierra, porque, como “*Testigo fiel*”, es lo que Él fue aquí abajo para Dios; como “*Primogénito de entre los muertos*”, es más bien el carácter en el cual Él tomará Su poder y reino; mientras como el “*soberano de los reyes de la tierra*” muestra Su derecho a la soberanía universal de la tierra. Pero tan pronto como Cristo es de esta forma puesto ante el alma de Juan que, hablando en representación de todos los santos, su corazón se muestra, e inspirado y enseñado por el Espíritu Santo, prorrumpe en expresiones de adoración. “*Al que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con Su sangre, ⁶ y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre; a Él sea gloria e imperio por los siglos de los siglos. Amén. ⁷ He aquí que viene con las nubes, y todo ojo le verá, y los que le traspasaron; y todos los linajes de la tierra harán lamentación por Él. Sí, amén*”. En esta expresión de alabanza, Juan representa a la primera compañía de redimidos (a los santos de este período) encontrados en este libro, pero a los santos más bien asociados con Cristo en el reino; y hablando como su portavoz, él celebra el eterno amor de Cristo, ese amor que lo llevó a darse a Sí mismo por nosotros, para limpiarnos de culpabilidad a través de la eficacia de Su preciosa sangre, y para asociarnos consigo mismo como Su propio sacerdocio real. Juan concluye con una atribución de la gloria y el dominio que, levantada sobre la tierra, será cantada para siempre, y adecuadamente cuando estemos para siempre con el Señor como también ahora sobre la tierra: El canto es eterno en su carácter.

En el v.7 siguiente, la aparición de Cristo, Su venida en las nubes del cielo, con sus efectos, es anunciada y termina con la respuesta, “*Si, amén*” (compare Apoc.22:20); y entonces tenemos la solemne afirmación de lo que es Dios, “*Yo soy el Alfa y la Omega, principio y fin, dice el Señor, el que es y que era y que ha de venir, el Todopoderoso*” (v.8). «Aquí encontramos lo que es notable en Juan, la mezcla entre Dios y Cristo. El v.8 no puede aplicarse a uno u al otro. Es Cristo, pero es Cristo, Jehová, Todopoderoso, Señor; Quien es, fue y ha de venir; el primero y el último» (compare Apoc.22:12-13). Es el Infinito, quien resume todo, comprende toda existencia, sea pasada, presente o futura, en Su propio ser; el Todopoderoso, cuyo poder será desplegado en el futuro como lo ha sido en el pasado y el presente; y Él es Cristo el Señor.

Primero, entonces, tenemos a los santos de esta dispensación, después la

aparición de Cristo, y Aquel que aparece no es otro que Jehová, el Todopoderoso. Esto es, como otro lo ha señalado, «el círculo completo de la posición de Juan, desde el día de Juan hasta el fin».

Juan ahora procede a presentarnos sus propias circunstancias: “*Yo Juan, vuestro hermano, y copartícipe vuestro en la tribulación, en el reino y en la paciencia de Jesucristo, estaba en la isla llamada Patmos, por causa de la palabra de Dios y el testimonio de Jesucristo*” (v.9). Aunque él era apóstol, y también el discípulo amado al cual se le había permitido recostar su cabeza sobre el pecho de Jesús, aun así, él, con el carácter de su ministerio, como se registra aquí, toma la posición de estar en el reino, y entonces también en “*la paciencia de Jesucristo*”; porque si Cristo espera pacientemente hasta que Sus enemigos sean puestos como estrado para Sus pies; Juan, en comunión con su Señor, también debe esperar. Pero aquí él es un prisionero, un exilado a causa de su fidelidad al predicar la palabra de Dios, y por proclamar el testimonio de Jesucristo. ¿Ha tenido Satanás entonces éxito para acallar la voz de este valiente testigo? Así podría haber parecido aun a desalentados santos. Pero no, porque Satanás al incitar esta persecución, estaba sólo cumpliendo ciegamente la voluntad divina. Dios tenía ahora otra obra para Juan, obra que requería que el siervo estuviese en soledad por un tiempo; y Él de esta forma permite que él sea desterrado a aquel lugar solitario, donde, sin ser distraído por otras voces, o por su servicio diario entre los santos, y a solas con Dios, Él pudiese, sin ser perturbado en su comunión, venir a ser el canal de estos mensajes divinos a las asambleas. Arrancado por las manos humanas de su amado servicio entre las iglesias, él vino a ser de este modo, a través del Espíritu, su instructor hasta el fin. En este sentido él queda hasta el retorno del Señor (Jn.21:22).

Ésta es la introducción. La visión en la cual él es instruido en cuanto a su servicio sigue ahora. El día en el cual ésta tuvo lugar fue el día del Señor, el día que todos los cristianos conocen por ese nombre. Declaramos el significado de este hecho en el lenguaje de otro: «en el día de la resurrección —su propio lugar, el día en el cual los cristianos se reúnen, el apóstol, arrancado de la sociedad de los cristianos, aun así, gozaba el especial y elevado poder del Espíritu Santo, aunque estaba solo». Porque, realmente, él vino a estar “*en el Espíritu en el día del Señor*”, él estaba lleno del poder del Espíritu, de manera que el Espíritu, en aquel tiempo, estaba controlando completamente el vaso de modo que Juan estaba inconsciente de la existencia corporal. En este estado él gozaba el tener un oído plenamente abierto y un ojo ungido, y fue de este modo divinamente calificado para la misión para la cual había sido ahora llamado. Conforme a esto él nos dice: “*Yo estaba en el Espíritu en el día del Señor, y oí detrás de mí una gran voz como de trompeta,* ¹¹ *que decía: Yo soy el Alfa y la Omega, el primero y el último. Escribe en un libro lo que ves, y envíalo a las siete iglesias que están en Asia: a Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardis, Filadelfia y Laodicea*” (v.10-11). Ésta es su comisión en su carácter general, y Juan enseguida responde al mandato divino de este modo recibido; porque dice, “*Y me volví para ver la voz que hablaba conmigo*”. Ésta es otra ilustración de lo que a menudo se ve en los libros

proféticos; que Aquel que manda a Sus siervos es quien concede el poder para la ejecución de Su palabra. Habiéndose vuelto, la visión es desplegada a su vista espiritual; y la primera cosa que atrae su atención fue “*siete candeleros de oro*” (v.12). El mismo Señor después explica el significado de este símbolo, dándonos de esta forma la clave para su interpretación, “*El misterio de las siete estrellas que has visto en mi diestra, y de los siete candeleros de oro: las siete estrellas son los ángeles de las siete iglesias, y los siete candeleros que has visto, son las siete iglesias*” (v.20). Esto muestra enseguida que estas siete iglesias son tomadas como representantes de toda la iglesia, y de la iglesia durante todo su curso sobre la tierra. El estado de siete iglesias existentes es retratado para exhibir el comienzo del declinamiento en la iglesia, como en Éfeso, y su creciente corrupción, que va hasta llegar a su rechazo y puesta a un lado, como vaso del testimonio sobre la tierra, como en Laodicea. Esto se verá más plenamente desarrollado cuando entremos a considerar las mismas iglesias, pero ahora debemos hacer notar que es claro que la iglesia no es aquí considerada como el cuerpo de Cristo, tampoco como la casa de Dios; sino que más bien es vista como en su responsabilidad como testimonio de Dios y Su porta luz sobre la tierra; y como tal, sujeta a juicio y rechazo en este carácter como también lo fue Israel antiguamente. Los siguientes comentarios pueden ayudar al lector a comprender más inteligentemente este aspecto de la iglesia: «Estas iglesias son vistas como distintos porta luces; es decir, en su lugar de servicio, o más bien en su posición de testimonio en el mundo. Ellas son vistas en su propio carácter ante Dios; como establecidas por Él en el mundo, son de oro; Él puede quitar los candeleros por no dar una verdadera luz o testimonio para Dios; pero la cosa quitada estaba fundamentada sobre la justicia divina, y fundamentada originalmente por una mano divina»².

Pero es de Aquel que anda en medio que el Espíritu de Dios está principalmente ocupado: “¹³ *y en medio de los siete candeleros, a uno semejante al Hijo del Hombre, vestido de una ropa que llegaba hasta los pies, y ceñido por el pecho con un cinto de oro.* ¹⁴ *Su cabeza y sus cabellos eran blancos como blanca lana, como nieve; sus ojos como llama de fuego;* ¹⁵ *y sus pies semejantes al bronce bruñido, refulgente como en un horno; y su voz como estruendo de muchas aguas.* ¹⁶ *Tenía en su diestra siete estrellas; de su boca salía una espada aguda de dos filos; y su rostro era como el sol cuando resplandece en su fuerza*” (v.13-16).

Debemos notar tres cosas en esta descripción, el carácter en el cual Cristo es visto aquí; Sus atributos mostrados en las variadas características de Su apariencia; y finalmente, lo que adecuadamente se ha llamado Su “supremacía oficial”, como señalada en que Él tiene en Su diestra las siete estrellas, etc. Primero, entonces, Él es visto, aunque en relaciones, descritas aquí, con las iglesias, como Hijo del hombre. Esto se debe indudablemente a que Él aquí

² *Synopsis of the Books of the Bible. Vol. v. p. 571*

asume un aspecto judicial (compare Jn.5:27). Después Él es visto «en el más amplio carácter en el cual ha sido establecido sobre todas las obras de las manos de Dios, y como Heredero de todas las promesas y propósitos de Dios al hombre, de acuerdo con la justicia divina». Pero como Hijo del hombre Él no está comprometido aquí activamente en servicio, porque Sus vestiduras le llegan hasta los pies, aunque tiene el cinto, pero éste es el cinto de la justicia divina. En este momento él está más bien examinando y juzgándolas que sirviendo.

Después tenemos las diferentes características de Su apariencia³. Primero, “*Su cabeza y sus cabellos eran blancos como blanca lana, como nieve*”. Esto lo identifica claramente con el “Anciano de días” de Dn. 7:9; y capacitará enseguida al lector para comprender qué diferente es el carácter que Él asume aquí a aquellas relaciones de gracia hacia Su pueblo como éstas se nos muestran en las epístolas. De esta forma en este capítulo, como hemos visto, Jesucristo es el mismo Jehová, y el Hijo del hombre es el Anciano de días. Toda gloria divina, por tanto, es desplegada en Aquel que una vez fue el humillado Cristo. En cuanto al resto de las características nuevamente transcribimos los comentarios de otro: «Pero en esta gloria Él tiene los atributos de juicio, ojos de fuego, que traspasan todo, y el fuego es siempre la señal de juicio. Éste fue su escrutador carácter; Sus pies, nos hablan de la firmeza con la cual el pecado es enfrentado; el bronce nos habla de la justicia, vista, no como intrínsecamente en Dios cuando uno desea acercarse a Él, sino como tratando con el hombre en su responsabilidad como hombre. El propiciatorio era de oro, el altar y la fuente, de bronce; pero allí se trataba de un altar, es decir, que se estaba tratando con el pecado en vista del hombre. Allí se ofrecía un sacrificio por fuego, pero aquí tenemos bronce bruñido, refulgente como en un horno, lo que nos habla de juicio. La voz era la señal de poder y majestad»⁴. Finalmente, tenemos retratada su supremacía oficial. Las siete estrellas son los ángeles de las siete iglesias (v.20), y éstas, el Hijo del hombre las tiene en Su diestra. Las estrellas son comúnmente en las Escrituras el emblema de aquellos que están en autoridad subordinada, y tal eran los ángeles de las iglesias; aprendemos, por tanto, que, en la iglesia, como establecida en orden divino por Dios mismo, el Señor sostiene a aquellos que están en responsabilidad, con Su propia diestra, es decir, por medio de Su propio poder divino. La espada de dos filos representa el carácter escrutador de la Palabra en juicio (ver Heb.4:12)); y de este modo se nos recuerda el hecho que Cristo como Hijo del hombre prueba, juzga, todo en medio de Su pueblo, en cuanto a su estado y caminos, por medio de su propia infalible Palabra. Después, y finalmente, Su rostro era como “*el sol cuando resplandece en su fuerza*”, es decir, que Él posee la autoridad suprema, porque esto es lo que el sol, como símbolo, indica (compare Mt.24 y Apoc.12).

³ Como contraste a esto el lector puede meditar en la descripción que se nos da en Cantar de los Cantares 5:10-16.-

⁴ *Synopsis of the Books of the Bible. Vol. v. p. 571.*

El efecto sobre Juan de la apariencia de Aquel al cual él había conocido en los días de Su morada en la tierra, a quien había visto transfigurado sobre el monte, y al cual a menudo había visto después de Su resurrección, fue que *“Cuando le vi, caí como muerto a sus pies”* (compare Isa.6 y Dn.8:15-17) Es por tanto para confirmar a Su siervo como también para sustentarlo, que, como Juan nos dice, *“Y Él puso su diestra sobre mí, diciéndome: No temas; Yo soy el primero y el último; ¹⁸ y el que vivo, y estuve muerto; mas he aquí que vivo por los siglos de los siglos, amén. Y tengo las llaves de la muerte y del Hades”* (v.17-18) Si, por tanto, Aquel al cual Juan vio en medio de los siete candeleros de oro era Jehová, el Todopoderoso, el Anciano de días, Él también era Aquel que una vez había morado entre los hombres, el humilde Jesús; Aquel que había sido crucificado, pero que había resucitado de la muerte en el poder de una vida interminable, y había, en virtud de la obra realizada sobre la cruz, venido a ser el poseedor de las llaves del Hades y de la muerte. En una palabra, Él era el resucitado Redentor, quien ahora tenía dominio sobre toda la esfera de la muerte y el poder de Satanás.

Tal era el glorioso personaje que se presentaba a Su siervo Juan, quien lo comisionaba a registrar, primero, *“las cosas que has visto”*, es decir, la visión que había sido desplegada ante sus ojos; segundo, *“las cosas que son”*, las cosas relacionadas con todo el período de la iglesia, tal como ésta se encuentra en Apoc.2 y 3; y tercero, *“las cosas que serán después de estas”*; es decir, después del período de la iglesia, y tal como se encuentran registradas en el resto del libro. Después, al final de todo, se da una explicación (ya considerada) de los símbolos de las siete estrellas, y de los siete candeleros que Juan había visto en la visión. Esto cierra la visión introductoria que, cuando es comprendida, da la clave para la interpretación de las comunicaciones hechas a las siete iglesias.

APOCALIPSIS 2

(1) EFESO. (v. 1-7)

Ésta es la primera de las siete iglesias a las cuales Juan fue llamado a escribir a través de su ángel. Esta asamblea ocupa un muy importante lugar en las escrituras del Nuevo Testamento. Pablo y Apolos trabajaron en esa ciudad (Hech.18:18-28); y fue Pablo quien después bautizó a los discípulos allí en el nombre del Señor Jesús, cuando, además, de poner sus manos sobre ellos, éstos recibieron el Espíritu Santo. Fue en Éfeso también que el apóstol parece primero haber separado a los “discípulos” de los judíos incrédulos, y donde la predicación de la Palabra estuvo acompañada con despliegues especiales del poder divino, que despertaron la amarga y violenta oposición del adversario (ver Hech.19). La libre actividad de Pablo, como el apóstol de los Gentiles, fue terminada también allí por su notables palabras a los ancianos de Éfeso, en donde les advertía de los peligros que les esperaban después de su partida, ya que entrarían entre ellos

“lobos rapaces”, que no perdonarían al rebaño; y que se levantarían de en medio de ellos, *“hablando cosas perversas para atraer tras sí a los discípulos”*, y al mismo tiempo, él los encomendaba, y a través de ellos a los creyentes de todas las edades, a Dios y la palabra de Su gracia como su infalible recurso frente a todos sus peligros y necesidades (Hech.20:17-38). Finalmente, fue a la asamblea en Éfeso que Pablo fue comisionado a escribir esa sorprendente epístola en la cual él, inspirado por el Espíritu Santo, «presenta la más rica exposición de las bendiciones de los santos individualmente, y de la asamblea, mostrando al mismo tiempo los consejos de Dios con relación a la gloria de Cristo». Será instructivo destacar, que, si la asamblea en ese tiempo no se hubiese caracterizado por el poder del Espíritu en vida, servicio y testimonio, ella no habría recibido estas exaltadas comunicaciones.

El lector observará que se manda a Juan escribir, no exactamente a la iglesia, sino *“al ángel de la iglesia en Éfeso”*. Dos cosas deben por tanto ser consideradas antes que esta carta ocupe nuestra atención, el significado del término “ángel”, y el período de la historia de la iglesia aquí indicado.

1. El ángel de la iglesia.

El significado de esta denominación debe ser obtenido del uso del simbolismo de la estrella en las Escrituras. Una estrella, como puede verse de Apoc.12:1-4, significa autoridad subordinada; y leemos claramente en el Sal.136, *“La luna y las estrellas gobiernan por la noche”* (v.9). Y comparando este pasaje con Gén.1:16, es evidente, como se ha señalado en la introducción, que el sol muestra la autoridad suprema, la luna la autoridad derivada, y las estrellas la subordinada. Ahora *“Las autoridades han sido establecidas por Dios”* (Rom.13:1), y esto es verdadero también de la iglesia, como de los reinos del mundo; entonces es que Cristo tiene las siete estrellas en Su diestra. Los ángeles de las iglesias, por tanto, simbolizados por las estrellas, representan a aquellos que Dios ha establecido en la iglesia para dar luz y gobernar, y como tales ellos son Sus representantes. Es a causa de esto que el Señor los tiene como responsables por el estado de la asamblea, y que Él se dirige a ellos en estas cartas, y los reprende o recomienda de acuerdo con su condición. A veces un remanente fiel es distinguido del ángel, como en Tiatira, y otras veces, como en Esmirna, donde no había nada que censurar, el ángel y los santos pueden ser dirigidos de forma intercambiable. Pero es el ángel quien es tenido como responsable, y por esta razón es que aquellos que dan luz (enseñan), y aquellos que gobiernan, que forman el estado de la asamblea, son ellos quienes son representados por el ángel. No debe olvidarse, sin embargo, por un sólo instante que la asamblea misma es también responsable; que todos los que la componen son responsables por su estado individual, como por el estado espiritual de la asamblea. Tres consideraciones explicaran esto. En el v.5, aunque es el ángel de Éfeso quien es dirigido, el término “tu candelero” es usado, cuando claramente éste es el candelero de la asamblea; segundo, la proclamación hecha en el v.7, *“el que tiene*

oídos para oír oiga lo que dice el Espíritu a las iglesias"; y tercero, hay una promesa al vencedor individual. Sobre estos fundamentos, por tanto, no tengo dudas en nuestros comentarios de hablar de la condición de la asamblea o iglesia y de su responsabilidad, como también del ángel. La misma cosa se encuentra en la historia del reino. Dios tenía como responsables a los reyes por el estado del pueblo; pero, como lo muestran las direcciones de los profetas, Él, a causa de esto, no absolvió al pueblo de culpabilidad. Aun así los reyes, como los ángeles, eran aquellos que habían sido establecidos en responsabilidad como representantes de Dios.

2. *El período indicado debe también ser considerado.*

Parece estar bien establecido que Juan debe haber escrito el libro de Apocalipsis alrededor de fines del siglo primero, más o menos en el año 95 o 96 DC, que es generalmente el que se acepta. Fue por tanto al final de lo que puede ser llamado el "período apostólico". Pero la naturaleza de estas comunicaciones debe también ser recordada. Esta carta fue enviada al ángel de una asamblea que existía entonces, una asamblea, además, que es típica del estado de toda la iglesia que siguió inmediatamente a los días de los apóstoles, y también quizás profética de ciertas fases de la vida de las iglesias aquí abajo hasta el fin. Es muy verdadero que sólo las últimas cuatro de estas siete iglesias llegan hasta el final, y que las primeras tres son sucesivas, y que representan estados sucesivos; aun así, nunca debe olvidarse que cada una de estas cartas contiene instrucción para todo tiempo, primero para la iglesia, y después, en principio, para el individuo. *"La palabra del Señor permanece para siempre"*; y estamos justificados por tanto para insistir sobre esta triple aplicación, al estado de la asamblea o iglesia en Éfeso; al estado de toda la iglesia como éste se muestra por la asamblea local; y finalmente, a cualquier asamblea o individuo de algún período que pueda corresponder con lo que aquí se describe. Al mismo tiempo el ángel de Éfeso representa indudablemente la condición a la cual la iglesia cayó inmediatamente después de la partida de los apóstoles.

Siguiendo las direcciones de la carta, tenemos el carácter en el cual Cristo se presenta al ángel de la iglesia o asamblea: *"El que tiene las siete estrellas en Su diestra, el que anda en medio de los siete candeleros de oro, dice esto"* (v.1). En algunas de las cartas hay una conexión entre el carácter de la presentación de Cristo y el estado de la asamblea que es objeto de las direcciones dadas. Aquí se trata simplemente del carácter general en el cual Él es visto en relación con toda la iglesia en el capítulo anterior. Él es Aquel que tiene en Su diestra y poder las siete estrellas, aquellos que están en el lugar de responsabilidad ante Él por la asamblea, y quien ahora anda en medio de los siete candeleros de oro para examinar su condición, probar su estado por medio de Su palabra, que es más aguda que una espada de doble filo, y para juzgar su carácter como Su responsable porta luz en medio de la oscuridad moral del mundo. Aprendemos de este modo que, para ocupar el lugar de gobierno o autoridad entre los santos

para Cristo conforme a Dios, es necesario el poder sustentador de Cristo; y segundo, que al estimar el estado de la asamblea como un testigo, el Señor juzga de acuerdo con Su propio e infalible estándar de santidad. Un testigo infiel deja de dar un testimonio que Cristo pueda aceptar. ¡Qué solemne advertencia es de esta forma comunicada a Su pueblo en cada edad!

En los próximos dos versículos tenemos el estado general del ángel de la iglesia en Éfeso. *“Yo conozco tus obras, y tu arduo trabajo y paciencia; y que no puedes soportar a los malos, y has probado a los que se dicen ser apóstoles, y no lo son, y los has hallado mentirosos; y has sufrido, y has tenido paciencia, y has trabajado arduamente por amor de Mi nombre, y no has desmayado”* (v.2-3). La primera expresión, que se encuentra también en las cartas posteriores, comunica el hecho que el Señor siempre ve y considera la condición de Su pueblo, que su estado y actividades están siempre delante, y son examinadas por Sus ojos. Esto viene de la posición que Él toma como andando en medio de los candeleros. Es bueno recordar esto, porque a menudo hay una tentación, cubrir el pecado en la asamblea para impedir las discusiones, o por causa de la paz, considerando más los rostros o miradas de los hombres que el hecho que Cristo ve todo con Sus ojos, que son como llama de fuego, *“no hay cosa creada que no sea manifiesta en Su presencia; antes bien todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de Aquel a quien tenemos que dar cuenta”* (Heb.4:13).

Entonces, después de declarar Su conocimiento general, siguen detalles acerca de la condición de esta asamblea. ¡Y qué registro tenemos aquí! Allí había actividad y sufrimiento, y el fiel ejercicio de la disciplina; el mal moral y doctrinal de igual forma habían sido rechazados y aborrecidos, y por causa del nombre de Cristo ellos habían sido incansables en sus labores. Supongamos que el registro no hubiese ido más allá, ¿No se habría dicho que aquí tenemos la exhibición de una asamblea perfecta? ¿Qué asamblea hoy podría compararse con este cuadro? ¡Ah!, es realmente provechoso mantener levantado el espejo de la palabra de Dios ante nosotros mismos, que, dondequiera que hay dos o tres reunidos al nombre del Señor Jesús, ellos puedan descubrir su verdadera condición, al ser examinados con una descripción como ésta.

Pero el punto es, poseer todas estas admirables características, características que habrían satisfecho plenamente al hombre, pero ¿Estaba Cristo satisfecho? Él dice, *“Pero tengo contra ti, que has dejado tu primer amor”* (v.4). «Éfeso estaba andando bien al mantener la consistencia; pero ese olvido de sí mismo y pensando sólo en Cristo, que son los primeros frutos de la gracia, se habían perdido»; y como lo encontraremos en otras escrituras, **nada puede compensar la falta de corazón por Cristo**. Esto es realmente lo que Él siempre busca en los Suyos, siendo como Él es, extremadamente celoso por las afecciones de Su esposa. El primer amor es la absorción de corazón con Cristo que es siempre producida por un abrumador sentido de Su gracia y amor en redención. Esto es tiernamente aludido por Jehová a través del profeta, cuando razonaba con Su pueblo a causa de su condición de descarrío. Él dice, *“Anda y clama a los oídos*

de Jerusalén, diciendo: Así dice Jehová: Me he acordado de ti, de la fidelidad de tu juventud, del amor de tu desposorio, cuando andabas en pos de Mí en el desierto, en tierra no sembrada” (Jer.2:2). Así, al tratar con esta asamblea, el Señor le recuerda su primer amor, un amor que se manifiesta en la felicidad engendrada por el conocimiento de Su amor, en ese santo ardor y consagración del cual sólo Su amor es el motivo (compare 2ª Cor.5:14-15) —y, lamentando su ausencia, le advierte que Él no puede pasar por alto esto. Que cada asamblea, entonces, a través de toda la tierra ponga en su corazón esta queja. Que todos estén sobre sus rostros ante Dios escudriñándose a sí mismos, al confesar la verdad de estas palabras, y busquen la gracia necesaria para la restauración de esta bendición invaluable, este “primer amor”, que es lo único que puede satisfacer el corazón de Cristo.

A esto siguen las palabras de exhortación y advertencia. *“Recuerda, por tanto, de dónde has caído, y arrepíentete, y haz las primeras obras; pues si no, vendré pronto a ti, y quitaré tu⁵ candelero de su lugar, si no te hubieres arrepentido”*. Un principio de primera importancia, constantemente afirmado en las Escrituras, está contenido en la primera cláusula; que para descubrir el carácter de nuestro fracaso, o la extensión de nuestro alejamiento de la verdad, debemos considerar el comienzo. Por ejemplo, el estado de la iglesia hoy sólo puede ser verdaderamente discernido cuando es comparado, o más bien contrastado, con lo que ella fue, primeramente, cuando se estableció en Pentecostés. Éfeso de igual forma debía recordar de donde había caído, y sólo entonces podía medir la extensión de su fracaso. Junto con esto debe haber, o podemos decir más exactamente, debiese haber, arrepentimiento; porque una vez descubriendo, por gracia, la profundidad de nuestra caída, y habiéndonos juzgado a nosotros mismos al ver nuestra condición como el Señor la ve, y esto debe fluir necesariamente. Entonces, además, las “primeras obras” pueden volver a hacerse, considerando que cuando hemos tomado nuestro verdadero lugar ante Dios en verdadera humillación, Él puede nuevamente obrar poderosamente a través de Su pueblo llevándonos al “primer amor”, del cual sus “primeras obras” sólo pueden proceder. Excepto, por tanto, una asamblea pueda volver al primer amor por Cristo, no puede haber un verdadero testimonio para Él en la energía del Espíritu Santo a través de sus primeras obras. Puede haber allí fe, pero aunque ésta fuese una fe que puede remover montañas, si allí no hay también amor, esto no sería nada, podría también haber allí incesantes labores de filantropía, pero éstas sin amor no sirven (ver 1ª Cor.13). Sin el primer amor por tanto la iglesia fallará completamente para ser en alguna medida, una manifestación del corazón de Cristo, como también de la gracia de Dios ante el

⁵ Este término puede ser considerado nuevamente, el Señor dice al ángel, *“Tu candelero”*, y aun así es Éfeso quien es el porta luz. La iglesia por tanto debe ser dirigida a través del ángel, y a causa de que el estado de uno es generalmente el estado del otro. Esto debe tenerse en mente al leer estos comentarios.

mundo. De allí la solemne advertencia de que el Señor estaba viniendo a Éfeso, y quitaría su candelero de su lugar, si ellos no se arrepentían. Decimos, a menos que se arrepintiesen, pero debe tenerse en mente que, en acuerdo con la verdadera posición del ángel, la obra de juicio propio y de restauración comienza con aquellos a los cuales Dios considera como Sus representantes.

El lector debe recordar que esta advertencia no tiene referencia en cuanto a la cuestión de la salvación individual, y que concierne completamente a la iglesia de Dios como Su porta luz o testimonio responsable Suyo en el mundo; y de este modo, que su significado es, que si Éfeso no recupera su primer amor, el Señor la rechazará como Su testimonio responsable, porque, en verdad, ella en ese caso ha venido a ser un testigo falso. Ya sea la iglesia de Dios sobre la tierra, y debe recordarse que Éfeso representa el estado de toda la iglesia de ese período, si alguna vez ha recuperado su primer amor el lector puede fácilmente comprenderlo. Si ella no lo ha hecho, ella no puede ser más considerada como llevando un verdadero testimonio para Dios; es decir, como una organización corporativa. No permita que la aplicación a asambleas separadas sea ignorada. ¿Qué de las variadas reuniones que nosotros, amados hermanos, con las cuales estamos conectados? ¿Están ellas en la condición de Éfeso? No, ¿Podría el Señor encomendar muchas cosas en ellas como lo hace de esta asamblea? ¿Qué lugar es aquí presentado para escudriñar el corazón? ¡Oh, que estas palabras de nuestro bendito Señor puedan producir una poderosa respuesta a través de toda la tierra!

A pesar de la condición de esta asamblea, el Señor no puede restringir la expresión de Su amor, y de este modo, después de la solemne advertencia de juicio venidero, si ella no se arrepiente, Él retorna a aquello que si puede encomendar. *“Pero tienes esto, que aborreces las obras de los nicolaítas, las cuales Yo también aborrezco”* (v.6). En la medida que había comunión con Sus pensamientos, y esto es lo que produce Su aprobación. Los Nicolaítas, parecería por la historia, eran una secta que transformaba la gracia de Dios en libertinaje, combinando una profesión de fe con vidas impías y relajadas. Éfeso odiaba sus impurezas, como también lo hacía Cristo⁶.

La epístola termina con una proclamación y con una promesa: *“El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. Al que venciere, le daré a*

⁶ A comienzos del siglo 18 otras ideas concernientes a esta secta fueron promulgadas, ideas derivadas del significado del nombre. De esta forma algunos han sostenido que Nicolás, o Nicolaos, es la traducción griega o forma de Balaam, y en esta forma han conectado a las dos sectas (ver Apoc.2:14-15). Otros, limitándose al significado del nombre, han mantenido que los Nicolaítas (“vencedores del pueblo”) representan el crecimiento del clérigo. Esta última idea a menudo ha sido reproducida. Sin embargo, la dada arriba es la más generalmente aceptada, ya que es la mejor apoyada con evidencia histórica.

comer del árbol de la vida, el cual está en medio del paraíso de Dios (v.7). Un inmenso principio, de una más amplia aplicación, contenido en el clamor a aquel que tiene oídos para oír. El santo individualmente es invitado a escuchar los mensajes que el Espíritu envía a las iglesias o asambleas, de manera que, en comunión con el pensamiento de Cristo, él también pueda juzgar su estado por la luz de la palabra escrita. En otras palabras, cada creyente es aquí hecho responsable de comprender el estado de cosas que lo rodea en la iglesia profesante. Esto enseguida pone a un lado, y está en completa oposición a las demandas de iglesias antiguas o modernas. De acuerdo con éstas, la “iglesia” es la intérprete autorizada de la palabra de Dios, y la exponente autorizada de todas las cuestiones en cuanto a la fe y moral; por tanto, la demandas que ellas hacen es grande, que las conciencias individuales estén en completa sujeción a las decisiones de la “iglesia”. De acuerdo con estas palabras de nuestro Señor, la iglesia debe ser probada por el santo individualmente, por cada uno que tiene oídos para oír. No podría haber una más completa negación de las demandas del papado, y de los principios del Romanismo dondequiera que se encuentren, que lo que se exhibe en esta proclamación.

En consonancia, además, con este principio de responsabilidad individual, se hace de igual forma la promesa a los vencedores, es *“al que venciere”*, vencer aquí no es la victoria sobre el mundo de la cual habla Juan en otra parte (1ª Jn.5), aunque éste también debiese ser el caso con el creyente; pero aquí se trata más bien de vencer el mal especificado en la iglesia. Lo que el Señor aquí deplora es la pérdida del primer amor. Quienquiera, por tanto, que, por gracia, retorne a ese estado primero, en el sentido de esta escritura, es un vencedor, y como tal, está autorizado a la promesa especial que se hace aquí. La promesa en sí misma es general. En Edén, el paraíso del hombre estaba el árbol de la vida; pero este árbol de vida del cual se habla acá es del paraíso de Dios, y por tanto esto no puede perderse nunca. De esta forma el Señor trata de estimular a los santos a vencer, dándoles esta promesa para alentar sus corazones y sustentarlos en sus conflictos con el mal que ya ha entrado en la esfera de la asamblea⁷.

⁷ A veces se pregunta, ¿No comerán todos los santos, sean vencedores o no, del árbol de la vida (y tendrán también parte en las otras promesas especiales) que está en el paraíso de Dios? Esto es perder todo el punto de la instrucción que se nos presenta aquí. Aquí el Señor sólo habla a los vencedores, y presenta esta promesa para presente confort y estímulo en la esfera de responsabilidad y conflicto.

(2) ESMIRNA. (v. 8-11)

La asamblea en Esmirna, como de Filadelfia, está libre de censura. La palabra dirigida al ángel es una de confort y estímulo, como conveniente a las circunstancias especiales; y es de este modo una revelación del corazón del Señor hacia los Suyos.

La primera cosa que llama nuestra atención es el carácter en el cual Cristo se presenta a sí mismo como el ángel de la iglesia. En el caso de Éfeso, como se ha señalado, la posición general de Cristo, como andando en medio de los siete candeleros de oro, y teniendo las siete estrellas en Su diestra, es asumido; aquí tenemos una clara relación entre el carácter de la presentación, las circunstancias y estado de la asamblea. De este modo: *“Y escribe al ángel de la iglesia en Esmirna: El primero y el postrero, el que estuvo muerto y vivió, dice esto”* (v.8). Él se llamó a Sí mismo de este modo cuando se dirigió a Juan, quien había caído como muerto a Sus pies al verlo en la visión como Hijo del hombre y siendo a la vez el Anciano de días. Él recuerda las mismas verdades, verdades conectadas con Su persona y obra para el sustento de esta asamblea perseguida y sufriente. Como el *“Primero y el último”*, Él les recuerda la eternidad de su Ser, que Él es *“antes que todas las cosas”* (Col.1:17), que *“como Dios mismo está más allá de la muerte, pero más que eso, Él mismo ha enfrentado e ido a través de todo su poder”*.

La adaptación de tal presentación a aquellos que tenían la muerte diariamente en prospecto puede comprenderse rápidamente. Esto alejaría la vista de los peligros por los cuales ellos estaban rodeados, hacia Aquel que es el mismo ayer, hoy y para siempre; y quien, habiendo descendido a la muerte “destruyó” al que tenía el poder de la muerte, y libertó a aquellos que a causa de su temor habían estado sujetos a esclavitud durante toda su vida. Es precisamente a través del temor de la muerte que Satanás, en este momento, estaba tratando de aterrorizar y alejar a esta asamblea. Para enfrentar este esfuerzo del enemigo, de este león rugiente, el Señor, en Su infinita gracia, llama la atención de Su amado pueblo a Él mismo como Aquel que se ha levantado de entre los muertos, habiendo agotado para Su pueblo todo su poder como juicio de Dios; de manera que ellos pudiesen, si la muerte estaba en vista, ser para siempre capaces de adoptar el lenguaje triunfante del apóstol, *“¿Dónde está, Oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, Oh sepulcro, tu victoria? ⁵⁶ ya que el aguijón de la muerte es el pecado, y el poder del pecado, la ley. ⁵⁷ Mas gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo”* (1ª Cor.15:55-57).

Será útil para aclarar la comprensión de las circunstancias de esta asamblea, y el mensaje dirigido a su ángel, si su relación, en cuanto a tiempo, con Éfeso se muestra, primeramente. Éfeso representa, como el lector recordará, el período posterior a los apóstoles; es decir, el tiempo que siguió inmediatamente a la edad apostólica; y el estado entonces de la asamblea estaba caracterizado por la

pérdida del primer amor. Pero Dios, cual sea el estado de Su pueblo, nunca debilita Su amor por ellos; entonces es que, en Esmirna, que representa el período posterior al estado de cosas en Éfeso, encontramos persecución. Dios la permitió, permitió que Satanás la produjera, para usar esto para detener el creciente declinamiento de la iglesia. El objeto de Satanás era extinguir el testimonio de Dios sobre la tierra; el propósito de Dios a través de la actividad de Satanás era purificar, y restaurar a Su pueblo, en vista a que Su testimonio a través de ellos pudiese brillar más claramente en la oscuridad moral de este mundo. Él trata en la misma forma con individuos. En el caso de Job, como en el de Pedro, Satanás ha tratado de pervertir y destruir sus almas. “El fin del Señor” era otorgar plena bendición, un fin que fue plenamente realizado.

Se nos presenta primeramente la condición del ángel de esta asamblea, “*Yo conozco tus obras, y tu tribulación, y tu pobreza (pero tú eres rico), y la blasfemia de los que se dicen ser judíos, y no lo son, sino sinagoga de Satanás*” (v.9). Nada escapa a los ojos de Aquel cuyos ojos son como llama de fuego. Como desde la cima de una montaña, aunque de noche, Él veía a Sus discípulos remar con gran fatiga, del mismo modo ve las circunstancias del ángel de la iglesia de Esmirna. Mucho se dice en las primeras palabras, comunes a estas epístolas, “*Conozco tus obras*”. Después tenemos dos palabras que despliegan la condición especial de la asamblea, tribulación y pobreza. Tribulación significa, como a menudo en el Nuevo Testamento, las pruebas como causa de la persecución⁸. El fuerte viento de persecución una vez soplando sobre el rebaño de Dios, levantado por el dios de este mundo en su enemistad contra Cristo. Quienes vivimos en estos días, cuando la profesión de Cristo no atrae sobre uno cruz, excepto realmente ésta esté acompañada con un devoto discipulado, no pueden comprender fácilmente los peligros por los cuales los santos en los primeros siglos estuvieron rodeados. A menudo considerados como los enemigos de sus vecinos, como también del Estado, ellos estaban frecuentemente rodeados por sus enemigos, quienes, como una manada de lobos hambrientos, trataban de devorarlos y quitarlos de la faz de la tierra. Confesar a Cristo bajo estas condiciones era una vida llena de peligros, propiedades (si se tenía algo), y amigos; y así sucedía, al leer Hebreos, que muchos “*Otros experimentaron vituperios y azotes, y a más de esto prisiones y cárceles. ³⁷Fueron apedreados, aserrados, puestos a prueba, muertos a filo de espada; anduvieron de acá para allá cubiertos de pieles de ovejas y de cabras, pobres, angustiados, maltratados*” (Heb.11:36-37) ¿Y qué los sustentaba bajo estos sufrimientos indescriptibles? El conocimiento de que el Señor los amaba, y que, como aquí, conocía su tribulación. Ellos de este modo voluntariamente sufrían la pérdida de todas las cosas, sabiendo que tenían en el cielo una mejor herencia.

Es extremadamente significativo que la palabra pobreza siga a la tribulación. La

⁸ Ver por ejemplo 2^a Tes.1:4

pobreza de estas asambleas puede haber sido la consecuencia de sus persecuciones, ya que leemos de algunos que, en la tribulación de su día, tomaron como materia de gozo el ser despojados de sus bienes, porque, como Moisés, ellos estimaban el reproche de Cristo más grande que las riquezas y tesoros de Egipto. Debe también tenerse en mente que, en días de persecución, quienes son ricos, aun si verdaderamente convertidos, están más expuestos a la tentación de ocultar una confesión pública de Cristo. La pobreza mencionada, por tanto, puede ser fácilmente explicada, porque si no recordamos las palabras: *“Pues mirad, hermanos, vuestra vocación, que no sois muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles; ²⁷ sino que lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte; ²⁸ y lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es, ²⁹ a fin de que nadie se jacte en Su presencia”* (1ª Cor.1:26-29). Una cosa puede ser segura, que esta asamblea, caracterizada por su pobreza, era despreciada y condenada por el mundo. Cualquier cosa que tenga la adhesión de los líderes de esta edad siempre será tenido en estima; pero identificarse con un Cristo rechazado siempre tendrá como consecuencia el desprecio del mundo. Entonces el mismo Señor dice a Sus discípulos, *“Si a Mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán”*.

¿Pero cuál es la estimación del Señor de esta asamblea pobre? Hay completa contrariedad entre Sus pensamientos y aquellos del mundo; y Él dice, en relación con la pobreza de Esmirna, *“Pero tú eres rico”*. Así es con los creyentes pobres; porque *“¿No ha escogido Dios a los pobres de este mundo para que sean ricos en fe, y herederos del reino que Él ha prometido a los que le aman?”* (Stgo.5:2). El mismo escritor nos dice también, *“El hermano que es de humilde condición, gloriése en su exaltación”*, exaltado ciertamente sólo por la gracia, a través de las infinitas y eternas bendiciones que él posee en Cristo, que son las verdaderas riquezas. Hay necesidad de insistir en esto en un día como éste, cuando el Mammon de este mundo ha venido a ser la trampa de la iglesia profesante, y cuando aquellos que profesan tener más luz, como también estar en el camino de separación, están en peligro de ser atraídos por la respetabilidad, riqueza y posición del mundo. Es entonces de esta asamblea pobre, que no poseía ninguna de estas cosas, que el Señor dice: *“Tú eres rico”*; rico, no a los ojos de los hombres, sino a los de Dios. ¡Qué cosa preciosa es tal encomendación! ¡Y qué gozo debe esto haber engendrado en medio de esta sufriente asamblea!

No se trataba sólo de la persecución, del poder mundano que Satanás había movido contra Esmirna, sino que ellos tenían contra ellos también la enemistad y la oposición mortal de los judíos. Por estos la asamblea era blasfemada, es decir, calumniada. Como lo encontramos en los registros de la predicación del evangelio, los judíos estaban al frente entre los enemigos del Cristianismo⁹. Y esto es fácilmente comprendido. Ellos han sido el pueblo escogido de Dios; ellos

⁹ Vea por ejemplo, 1ª Tes.2:14-16.-

poseían los oráculos sagrados; sus ritos y ceremonias habían sido instituidos divinamente; y ellos estaban investidos con especiales y exclusivos privilegios y promesas. Cuando, por tanto, la pared de separación entre ellos y los Gentiles fue derribada, y la gracia fue proclamada a todos de igual forma, después de que ellos rechazaron a su Mesías, su mortal enemistad se levantó, y ésta, en manos de Satanás, quien movía su celosa hostilidad, ellos vinieron a ser muy efectivos instrumentos para oponerse a la iglesia de Dios; porque de esta forma se unía en su causa la religión y el mundo. Siempre es este el caso, como otro ha escrito, que aquellos que tienen la pretensión de ser legítimos herederos del pueblo de Dios son siempre los perseguidores, sean estos judíos o cristianos.

Pero el Señor pasa juicio sobre ellos, y expone su verdadero carácter. Ellos no eran judíos, sino que ellos habían perdido toda demanda a ser Su pueblo al rechazar a Cristo. El remanente creyente ahora ocupa el lugar del Israel de Dios. Los judíos se jactaban de ser hijos de Abraham, pero esto no les daba ahora derecho al favor de Dios; y el Señor expresa esto en la forma más fuerte posible cuando dice que ellos son “*sinagoga de Satanás*”, porque esto es lo que ellos eran moralmente, como guiados, reunidos, y energizados por él para sus propios y malos propósitos. Ésta es una solemne lección para aquellos que se oponen, calumnian o hablan menospreciativamente de los pocos y débiles que hoy tratan de mantener, cuales sean sus fracasos, el honor de Cristo y el sujetarse a Su palabra. Nada sino la fidelidad a Él, engendrada por Su propia gracia, y sustentada por Su propio poder, podría guiar a alguno a tomar su lugar fuera del campamento; pero es a aquellos que están allí a los cuales el Señor guarda y bendice, de manera que oponerse a ellos es oponerse a Él.

A esto siguen exhortación, confort y promesa: “*No temas en nada lo que vas a padecer. He aquí, el diablo echará a algunos de vosotros¹⁰ en la cárcel, para que seáis probados, y tendréis tribulación por diez días. Sé fiel hasta la muerte, y Yo te daré la corona de la vida*”. La primera palabra, si es una exhortación, está llena de estímulo. Los sufrimientos están en el camino de los santos, pero ellos no deben temer. ¿Por qué? Puede preguntar la incredulidad ¿Si Él no intervino para protegerlos de estas duras pruebas? Es porque Él los ama bien. El pueblo de Dios, la iglesia, como se ha señalado antes, había sido arrastrada al vórtice del mundo; y fue para libertarla de este peligro que se permitió que la persecución se produjera. Éste fue el instrumento escogido por Dios para cumplir Sus propósitos de amor; pero si Sus santos deben sufrir de este modo, Él se acercará a ellos con palabras de aliento y consolación.

Él revela, además, la forma de la prueba. A través de la actividad del diablo algunos de ellos serían arrojados en prisión, donde ellos tendrían el honor de

¹⁰ El lector notará aquí que el Señor pasa del ángel, en su dirección, a los santos. Esto muestra que la condición en Esmirna correspondía con aquellos representados por el ángel. Éste no es siempre el caso.

sufrir por causa de Cristo, siendo tenidos como dignos de sufrir vergüenza por Su nombre. ¿Pero por qué? Para que ellos fuesen “*probados*”. De tales formas el Señor purifica a los Suyos de las contaminaciones del mundo, prueba su fe, y manifiesta lo que está oculto en sus corazones. El mismo Señor anduvo en el camino de tentación. Él fue tentado en todo como lo somos nosotros, aparte del pecado; por lo cual podía decir, “*el príncipe de este mundo viene, pero no tiene nada en Mí*” pero nosotros, ¡Ay! Como Pedro, a menudo no nos conocemos a nosotros mismos hasta que no nos encontramos en la presencia del enemigo; y es a causa de esto mismo que necesitamos ser probados, para comprender lo que somos, y también lo que es Dios por nosotros en la prueba.

Otra cosa es revelada para su confort. Si Satanás está a punto de ser soltado sobre ellos, la prueba debe ser limitada. La tribulación sólo debe durar “*diez días*”¹¹. Finalmente, el Señor promete la corona de vida a aquellos que sean fieles hasta la muerte. Es esencial percibir que esta fidelidad hasta la muerte no es fidelidad a través de toda nuestra vida, sino martirio por causa de Cristo y Su palabra. Ésta es una exhortación para ser fieles, aun al costo de la propia vida; como, por ejemplo, Esteban y Jacobo, el hermano de Juan, y como lo han sido miles desde ese día, por gracia de Dios. Es este carácter de fidelidad el cual el Señor urge sobre esta asamblea en las circunstancias de tribulación, a través de la cual ésta pronto debía pasar; porque hay muchos santos que encuentran el prospecto de la muerte, una muerte de martirio, como una muerte a los ojos de los hombres, de “*vergüenza y pérdida*”, la más escrutadora prueba a la cual ellos pueden ser sujetos. Él sabe de lo que estamos hechos, y recuerda que somos polvo si, y más aún, Él es tocado a causa de nuestras debilidades y por tanto provee el antídoto; alienta a Su pueblo, en vista de la prueba que ha de venir, y los incita a ser constantes y valientes, presentándoles la corona de la vida. Uno percibe enseguida la bendita adaptación de la promesa a las circunstancias. ¿Cuál sería la tentación para la infidelidad? El temor a la muerte, o el aferrarse a la vida en este mundo. Es para enfrentar esto, y para levantar los pensamientos de algunos de los Suyos que pudiesen ser débiles acerca del presente, que Él les habla de la corona de la vida, vida en plena fructividad, coronada, como si fuese con Su propia y especial aprobación; vida eterna, libre de todos los enredos, y aferrándose plenamente a sus propios objetos, desplegada en todas sus perfecciones en su propia esfera en la propia presencia del Señor, donde, conformados a Su imagen, aquellos que han sido fieles hasta la muerte aquí tendrán el especial lugar en gloria que el Señor en Su gracia premiará. Ésta es la corona de vida¹².

¹¹ Sea que éste es un período literal o típico, la verdad es la misma; Satanás no puede extender esta prueba más allá del tiempo señalado divinamente. Esto nos revela claramente que Satanás en todos sus esfuerzos contra el pueblo de Dios sólo puede cumplir, sin saberlo, la voluntad de Dios.

¹² Hablar de la corona de justicia, de vida, etc., como de otras coronas que han de llevar los creyentes es para materializar las benditas verdades espirituales que se exhiben en

Como en Éfeso, la epístola termina con un llamado a la atención, y la promesa al vencedor, *“El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. El que venciere, no sufrirá daño de la segunda muerte”* (v.11). Nuevamente el individuo es hecho responsable, no a escuchar y obedecer a la iglesia, sino a escuchar lo que el Espíritu dice a las iglesias. Éstas son cosas muy diferentes, y de esta forma se nos enseña y recuerda a cada uno nuestra responsabilidad a escuchar por nosotros mismos la palabra de Dios. Libertad de conciencia es algo de lo cual se jacta mucho en estos días, pero aquí aprendemos que la palabra de Dios es suprema, y que ella tiene autorizadas demandas sobre la conciencia y demanda de cada creyente una incuestionable y firme obediencia. La única inhabilidad por tanto se encuentra en las Escrituras. Transferir esto a la iglesia es contradecir estas palabras de nuestro Señor.

Finalmente, tenemos la promesa al vencedor. Vencer en Éfeso era recuperar a través del arrepentimiento el primer amor que se había perdido, y hacer las primeras obras. Aquí es ser fieles hasta la muerte, ser valientes para el Señor y Su testimonio aun frente a los terrores de Satanás. Es por tanto a través de la perseverancia en la fidelidad, y la victoria ciertamente sólo en el poder del Espíritu Santo sobre toda timidez y cobardía, que un santo en Esmirna podía ser hecho un vencedor. Y a los tales la promesa es, que ellos no serían dañados por la segunda muerte. Se puede permitir a Satanás matar el cuerpo, como en el caso de Juan el Bautista, pero él no puede hacer más que eso. Desde el momento que el cuerpo muere, el espíritu parte para estar con Cristo; y el cuerpo es cuidado, y a la venida de Cristo éste será resucitado en incorrupción, y la muerte para siempre será sorbida en victoria. La muerte por tanto no tiene terrores para el creyente, cual sea la forma en la cual ésta pueda llegar; y nada dará más valentía a aquel en el prospecto de la muerte que la seguridad de las plenas consecuencias de la muerte y la resurrección de Cristo; la completa libertad de Su pueblo del pecado y de todos sus resultados. Cuando por tanto ellos sean amenazados con martirio, si ellos se aferran a Él, Él sustentará sus almas teniendo ante ellos esta bendita promesa, que sobre ellos la segunda muerte, el lago de fuego, no tiene ninguna demanda. Éste es el pleno resultado del lado de la libertad, de Su propia muerte sobre la cruz.

la figura. Sin duda, hay distinciones especiales, que el Señor se ha complacido en otorgar como recompensa por el servicio.

(3) PERGAMO.

(v. 12-17)

La iglesia en Pérgamo representa el estado público del Cristianismo, no siguiendo inmediatamente a Esmirna, sino más bien el estado en el cual la iglesia cayó después de la bendición realizada a través de la persecución que se produjo en aquel período. Cuando la iglesia hubo perdido el primer amor, Dios en Su cuidado por Su pueblo permitió que la persecución detuviera la caída. Este fin fue obtenido por un tiempo, y después, cuando las reavivadas energías de la iglesia comenzaron nuevamente a desaparecer, hubo un nuevo declinamiento, uno ahora que guiaba a un estado y condición mundano.

La misma cosa puede verse precisamente en el libro de los Jueces, donde la historia de los tratos de Dios con Israel prefigura Sus tratos con la iglesia. El libro de Jueces es una historia de avivamientos, el registro de los fracasos de Israel en la tierra, y de la constante intervención de Dios en gracia en su ayuda, cuando ellos habían sido humillados ante Él a través del poder del enemigo. La cosa notable, sin embargo, (y es muy instructivo notar esto), es que **cada nueva intervención a favor de Su pueblo, cada nuevo avivamiento, como pueden llamarse estos, los dejaba, cuando el sentido de la gracia que ellos habían recibido moría, en un peor estado que el anterior.** Así ha sido también en la historia de la iglesia. Avivamiento tras avivamiento ha sido enviado en misericordia para restaurar la vida de los santos, para profundizar la obra de Dios en sus almas, y para volverlos a la autoridad de la palabra de Dios; pero cuando cada ola sucesiva de bendición ha pasado, el estado exterior del Cristianismo siempre se ha deteriorado. Esto también es ilustrado en las primeras tres iglesias; de manera que, llegando a Pérgamo, encontramos, en comparación con Éfeso, y a pesar de la intervención de Dios en Esmirna, un triste declinamiento. Lamentable como es esta verdad, ésta es la historia de cada dispensación. Lo que sea que Dios ha establecido en el mundo ha fallado desde el mismo comienzo, y esto constantemente, a pesar de toda Su gracia, ha proseguido un camino hacia abajo, y terminado, como nos enseña Laodicea respecto a la iglesia, en total fracaso y rechazo. Comprender esto es poseer la clave para la interpretación de todas las sucesivas dispensaciones.

La presentación de Cristo al ángel en Pérgamo es nuevamente en relación con el estado de la asamblea: *“Y escribe al ángel de la iglesia en Pérgamo: El que tiene la espada aguda de dos filos dice esto”* (v.12). El significado de este símbolo es constante; ésta es una figura de la palabra de Dios, y del efecto de su aplicación judicial. Leemos, por ejemplo, en Hebreos: *“Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón.”* ¹³ *Y no hay cosa creada que no sea manifiesta en su presencia; antes bien todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de Aquel*

a quien tenemos que dar cuenta” (Heb.4:12-13). Esta sorprendente escritura combina realmente los ojos omniscientes, que son como llama de fuego, con el penetrante y escrutador efecto de la aplicación de la Palabra divina. Cuando el Señor, por tanto, se describe a Sí mismo en esta forma al ángel de Pérgamo, Él está advirtiéndole a la asamblea que está a punto de escrutar y declararle su condición espiritual, que Él está juzgando su estado por medio de la aplicación de la infalible Palabra. Los versículos siguientes contienen el resultado de Su examen judicial.

Primero, sin embargo, reconoce todo lo bueno que hay en ella. Él dice, “*Yo conozco tus obras, y dónde moras, donde está el trono de Satanás; pero retienes Mi nombre, y no has negado Mi fe, ni aun en los días en que Antipas mi testigo fiel fue muerto entre vosotros, donde mora Satanás*” (v.13). El camino del Señor es siempre primero encomendar, dondequiera que hay algo que tenga Su aprobación, antes de declarar los fracasos de Su pueblo. Y así es aquí, aunque los hechos están mezclados con Su aprobación constituyen realmente los más serios fundamentos para la censura. Porque, después que Él les recuerda que conoce sus obras, añade, “*y dónde moras, donde está el trono de Satanás*”. ¿Dónde está el trono de Satanás? Satanás es, como sabemos, el dios de este mundo y el mundo es por tanto el lugar de su trono¹³. ¡Qué anomalía entonces para la iglesia estar morando en el mundo! Los santos no son del mundo, como tampoco Cristo, cuando estuvo aquí, dijo que no era del mundo; y aprendemos por la epístola a los Efesios que estamos sentados en lugares celestiales en Cristo. Es al cielo al cual pertenece la iglesia, y es allí, mientras la tierra es la escena de su testimonio y servicio, que ella debe morar en espíritu. Pero ¡lamentablemente! Vemos en Pérgamo el hecho que la iglesia ha olvidado su llamamiento y carácter celestial, y se ha establecido en el mundo. Después, en este libro, leemos acerca de “*los moradores de la tierra*” y esta expresión significa un carácter moral, aquellos cuyos pensamientos están sobre las cosas terrenales. De igual manera, morar donde tiene el trono Satanás, es descriptivo del carácter y estado, mostrando que la asamblea había caído de su prístina condición, y bajo las influencias de la edad, perdiendo su verdadero lugar y su esperanza celestial, y aceptado un hogar en el mundo.

Aun así, hay cosas que el Señor puede encomendar. Pérgamo había retenido firme el nombre de Cristo, y no había negado Su fe. El nombre de Cristo es generalmente la expresión de la verdad de lo que Él es; pero puesto aquí en combinación con la fe el significado será un poco diferente. Esto probablemente es retener firme la confesión del nombre de Cristo, confesándolo públicamente, aunque morando allí donde tiene su trono Satanás, y no negando la fe; es decir,

¹³ Nuevamente, podemos llamar la atención a la forma en la cual el Señor pasa del ángel a los santos. Esto nos muestra que, mientras Él considera al ángel responsable por el estado de la asamblea, Él tiene a la asamblea en vista a las instrucciones y advertencias dadas.

la verdad concerniente a Cristo (compare 2ª Tim.4:7 y Judas 3). La primera parte de la encomendación es más fuerte que la segunda, considerando que, “*retener (firme)*” es más positivo que “*no has negado*”. Aun así, esto no era pequeña cosa, y como tal era grata al corazón del Señor, entonces Él se deleita en notar esto, a pesar de las circunstancias mundanas de esta asamblea, Su nombre era firmemente retenido y Su verdad no era negada. ¡Qué pueda ser así en este día! ¿Por qué es ahora lo que vemos? ¡Ay! La confesión de Cristo abandonada por todos lados, y Su verdad rechazada, y esto en medio (¿y no puede decirse que es una consecuencia?) del jactado progreso e iluminación de este siglo.

Una circunstancia, además, es añadida, la que aumenta la fuerza de la encomendación del Señor. Este grado de fidelidad ha sido mantenido aun en medio de la violenta persecución, durante la cual “*mi fiel testigo*”, dice el Señor, “*fue muerto entre vosotros, donde mora Satanás*”. Nada es conocido de Antipas¹⁴ más allá de lo que se declara aquí, su nombre está escrito en la eterna palabra de Dios, y el propio veredicto del Señor es añadido. Por esto sabemos que, en presencia del poder de Satanás (donde Satanás moraba), él dio un testimonio fiel, y que él fue uno que no podía ser silenciado, y que, como Esteban, él selló su testimonio con su propia sangre. Si, aun como su Señor, él resistió hasta la sangre contra el pecado. ¿Y quién dirá, si no fue este noble ejemplo el que fue usado para sustentar a esta asamblea, a pesar de que ella se había deslizado al mundo, y a retener firme el nombre de Cristo, y a no negar Su fe?

Después de haber alabado todo lo que podía alabar, el Señor procede a señalar las cosas que merecían Su censura. “*Pero*” dice Él, “*tengo unas pocas cosas contra ti: que tienes ahí a los que retienen la doctrina de Balaam, que enseñaba a Balac a poner tropiezo ante los hijos de Israel, a comer de cosas sacrificadas a los ídolos, y a cometer fornicación.*”¹⁵ *Y también tienes a los que retienen la doctrina de los nicolaítas, la que Yo aborrezco*” (v.14-15). El rápido progreso de declinamiento de la iglesia, como a menudo se ha notado, se ve en el hecho que considerando que en Esmirna Satanás estaba fuera como un león rugiente, persiguiendo, aquí en Pérgamo él está dentro seduciendo, pervirtiendo a los santos por medio de falsas y seductoras enseñanzas. Las palabras usadas son muy significativas. No es que la iglesia haya adoptado la enseñanza, pero había algunos dentro de ella que “*retenían*” la doctrina, y a ellos se les permitía, al parecer, mantener esto sin ser estorbados ni reprendidos. ¿Cuál era entonces la doctrina que tenía la reprobación del Señor? Ésta era la doctrina de Balaam, una muy grosera doctrina, que él enseñó en vista a seducir a los hijos de Israel. Pero lo que ésta significaba es lo que debe ser comprendida. Hablando a través de Balaam, Jehová había dicho que Israel moraría solo, y que no sería contado entre las naciones. El hecho de tener la presencia de Jehová con ellos los separaba, como Moisés había dicho, de entre todas las naciones de la tierra. Ahora fue justo esta

¹⁴ Una teoría ha sido presentada sobre el fundamento del significado de su nombre, “contra todos”; pero tales especulaciones están vacías de autoridad.

separación del mundo la que Balaam estaba tratando de destruir, cuando sedujo a Israel para que se uniese con los madianitas en su adoración y pecados. *Asociación con el mundo en sus placeres, pecados y búsquedas es por tanto la doctrina de Balaam*; y la consecuencia de su aceptación es la pérdida del nazareato, la pérdida de la separación del mal, y de la devoción al Señor.

¿Fue esta secta un mero fenómeno pasajero en la historia de la iglesia? ¿Es esta desconocida y no existe hoy? ¿No es verdad, por otra parte, que desde ese día hasta ahora ella ha crecido en número e influencia de modo que toda la iglesia de Dios ha sido leudada con esta perniciosa doctrina? Están allí estos indudablemente, como en los últimos días del reino (Ezeq.9:4), que claman por las abominaciones que se hacen en medio de ella; y no es demasiado decir, que toda la iglesia, como existiendo hoy, retiene la doctrina que el Señor aquí condena. ¿No es además el caso, que los pocos y débiles que al principio estaban tratando de limpiarse a sí mismos de este peligro están ahora cayendo nuevamente bajo su influencia? ¿Quién negará, en efecto, que incluso estos muestran crecientes signos de mundanidad? Que, inquietos por lo que ahora se considera la excesiva estrechez de miras y exclusividad, de aquellos a quienes Dios, en su misericordia, llamó primero para ser depositarios de su verdad recuperada, comienzan a ser más tolerantes con quienes sostienen la doctrina de Balaam. Pueda el Señor producir que todos examinemos nuestros propios corazones en conexión con este tema.

También estaban en Pérgamo aquellos que sostenían la doctrina de los Nicolaítas. Vemos nuevamente una evidencia de avance en el mal. El Señor encomienda a Éfeso porque odiaba los hechos de los Nicolaítas; ahora Él reprende a Pérgamo, porque dentro de sus límites están aquellos que retienen su doctrina. Esta desgraciada secta, una secta que cubría, como los Fariseos de antiguo, vidas impías bajo una pretendida santidad, y una escrupulosa consideración de los deberes religiosos (ver Mt.23), que ahora encuentra un reconocido lugar entre los santos. No podía ser de otra manera, ya que la asamblea había abandonado su carácter peregrino y no mundano, y había, imitado a Lot, que no sólo levantó sus tiendas hacia Sodoma, sino que también moró allí. La separación no puede ser mantenida en el mundo, morando donde tiene su trono Satanás. Enseguida se adopta el mundo como nuestro hogar, y venimos a ser mundanos en hábitos, pensamientos y prácticas. Esto explica la existencia de estas sectas en Pérgamo, que de esta forma había aceptado lo que el Señor odiaba.

Pero la iglesia ha sido desposada a Cristo como una esposa virgen. Es imposible por tanto para Él permitirle tal cosa sin hacerle ninguna advertencia. De acuerdo con esto Él le dice, *“Por tanto, arrepíentete; pues si no, vendré a ti pronto, y pelearé contra ellos con la espada de mi boca”* (v.16). La advertencia para arrepentirse es dirigida a la iglesia, porque el Señor trata de llevarla al juicio propio por haber tolerado esta mala enseñanza dentro de sus límites. Él le dará la oportunidad de tener comunión con Sus pensamientos acerca del mal, para que ella pueda tener

el privilegio de preocuparse por el honor de Su nombre. Fue así en Israel. Jehová siempre llamó a Su pueblo, cuando la corrupción y el mal abundaban, a santificar Su gran Nombre, mientras les advertía que si ellos fallaban en hacer así Él mismo tomaría la materia en Sus propias manos y santificaría Su nombre¹⁵. De igual manera aquí la asamblea es llamada a arrepentirse, pero fallando esto, ella es advertida y se le dice que el Señor vendría pronto a ella y pelearía contra (no ella, sino) ellos, es decir, contra aquellos que retenían la mala doctrina, con la espada de Su boca.

Esto nos presenta un principio de gran importancia, aplicable a casos de disciplina en la asamblea, o al estado de toda la iglesia. De este modo si se permitía que el mal pasase sin ser juzgado en la asamblea, debido a la indiferencia o relajamiento de los santos, o a la falta de disposición de hacer frente a la dificultad, el Señor primeramente espera en Su gran paciencia y busca a través de uno y otro, y por cualquier medio que Él pueda escoger, para despertar las conciencias de Su pueblo; y después, si ellos fallan en responder a Sus exhortaciones, Él mismo vendrá a tratar con el mal que la asamblea ha fallado en juzgar, y en el cual todos, por negarse a juzgar, han venido a estar implicados. Nunca debe olvidarse que la santidad conviene a la casa de Dios, y que nuestro Dios es fuego consumidor.

La espada de Su boca es, como antes se ha explicado, la viva y poderosa palabra de Dios. Es con ella que el Señor pelea contra los malhechores; y por medio de la cual nos enseña que Su autoridad es suprema sobre Sus santos, y que el estado de la asamblea, como también de la doctrina y conducta de los santos, debe ser siempre juzgado por medio de este infalible estándar. Bueno habría sido para la iglesia si hubiese recordado esto.

Como en las otras epístolas, tenemos, finalmente, la proclamación y la promesa. La proclamación es a todo aquel que tiene oídos para oír. Como en los días de Su carne el Señor a menudo clamó, *“el que tiene oídos para oír, oiga”*; es decir, que el que tiene un oído interior, un oído abierto por el Espíritu Santo para escuchar y recibir las comunicaciones hechas. Cada uno es llamado a dar atención a *“lo que el Espíritu dice a las iglesias”*, y estos mensajes divinos deben sumergirse en nuestras almas, excluyendo los pensamientos del hombre, y gobernar nuestra conducta. Esto es para nosotros individualmente, para usted y para mí, amado lector, que el Señor habla de este modo, y nos recuerda nuestra responsabilidad individual.

La promesa especial es doble: *“El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. Al que venciere, daré a comer del maná escondido, y le daré una piedrecita blanca, y en la piedrecita escrito un nombre nuevo, el cual ninguno conoce sino aquel que lo recibe”* (v.17). El vencedor difiere nuevamente del de Esmirna. Vencer aquí no es solamente resistir, y resistir exitosamente, las

¹⁵ Veá por ejemplo, como una ilustración de este principio, Ezeq.36:16-24.-

enseñanzas de las sectas nombradas; sino que es también escuchar el llamado al arrepentimiento. Porque, aunque la proclamación es a los santos individualmente y a la responsabilidad individual de dar atención a las comunicaciones hechas, no es posible para un santo desligarse de la responsabilidad por el estado de la asamblea. El estado de la asamblea los envuelve a todos, de manera que todos tienen que ser ejercitados en cuanto al juicio de esto delante de Dios. Si, por tanto, algunos venciesen en el estado de Pérgamo, ellos deben juzgar el mal de la doctrina de Balaam y de los Nicolaítas, y deben también humillarse ante Dios a causa de estos males, que si bien no eran aceptados por ellos, al menos eran tolerados, debían lamentarse a causa del deshonor de esta forma hecho al nombre del Señor.

Para los tales también hay una doble promesa; primero, que ellos comerán del “*maná oculto*”. Hay una muy clara relación entre la promesa y el mal en Pérgamo. La tentación era comer de las cosas sacrificadas a los ídolos; el Señor dice, “Yo os alimentaré con aquello que en verdad puede satisfacer”. De tal forma Él estimula a los Suyos a resistir las seducciones y gratificaciones del mundo. ¿Y qué es el maná oculto? Éste es, como se ha escrito, “Cristo conocido en Su andar aquí abajo, aunque ahora esté en gloria —el grano de la tierra celestial. El maná oculto no era el maná diario, sino el maná que había sido puesto en el arca, y guardado como un testimonio en Canaán”. Lo que corresponde a esta figura es claramente Cristo en el cielo, pero Su estar en el cielo, a la diestra de Dios, constantemente nos recuerda que Él ha estado aquí en el desierto, de que Él fue tentado y humillado; y estando nosotros mismos en las circunstancias del desierto, rodeado como en Pérgamo, por tentaciones especiales, nos deleitamos en recordarlo, y alimentarnos de Él, como Aquel que fue tentado en todo como lo somos nosotros, aparte del pecado, y somos sustentados y fortalecidos. De este modo comemos del “maná oculto”; porque, como el maná, Cristo no es más visto, ya que ahora está oculto en el cielo.

Allí tenemos también la piedrecita blanca con un nombre nuevo escrito sobre ella, conocido sólo a aquel que la recibe. Dos cosas son de esta forma implicada; la aprobación del Señor, y segundo, esta aprobación comunicada en una forma especial, de manera que esto viene a ser un secreto entre el alma y el Señor. Los siguientes comentarios expresan esto: “La piedrecita blanca parece señalar la aprobación individual de Cristo, el nombre nuevo, la comunión especial entre Cristo y el individuo, diferente de aquello de lo cual todos comparten, diferente del gozo público. Además del gozo público, tenemos allí el reconocimiento y aprobación individual de Cristo, la “piedrecita blanca”, y el nombre nuevo que “*nadie conoce sino sólo aquel que la recibe*”¹⁶. Uno puede comprender rápidamente el sustento y coraje que estas promesas podían ministrar a aquellos que, por la gracia de Dios, estaban tomando posición por Él contra las

¹⁶ *Collected Writings of J. N. D.* Vol. ii. Practical, pp. 509-10.

corrupciones que estaban encontrando su hogar en la asamblea, y quienes, a causa de esto mismo, ciertamente incurrirían en el desagrado y oposición de aquellos que estaban tolerando, si es que no estaban asociados con aquellas doctrinas seductoras. Buscar sólo la aprobación del Señor, es la consecuencia de tener un ojo simple y la fuente de todo poder en conflicto y servicio. ¡Qué el Señor nos conceda hacer de esto nuestro objeto diario! (2ª Cor. 5:9).

(4) TIATIRA. (v.18-29)

Un estado de cosas completamente Nuevo es introducido en Tiatira. Éfeso, Esmirna y Pérgamo representan, en su aspecto profético, tres fases sucesivas o estados de toda la iglesia. Tiatira representa también un estado de la iglesia, sólo viniendo en la escena, en cuanto a la condición de la iglesia que retrata; después, y reemplazando a Pérgamo, ésta continúa, diferente a las otras tres asambleas, hasta el final. Esto se ve por la introducción en esta epístola de la venida del Señor (v.25). Otra característica de esta asamblea es el remanente, un remanente fiel, que es distinguido. Esto se percibe más claramente, si el v.24 es leído, como debiese serlo, *“Pero a vosotros y a los demás que están en Tiatira”*, “los demás” es el remanente, y como tales son directamente dirigidos, y no, como lo es toda la iglesia a través del ángel. Tener esto en mente capacitará al lector para comprender más rápidamente algunas partes de esta comunicación¹⁷.

Como un todo, entonces, esta asamblea nos presenta un cuadro del estado de la iglesia durante la edad media, hasta, quizás, como se ha dicho, el tiempo de la reforma. Los fundamentos de esta conclusión se encuentran en los previos estados de la iglesia. Si Éfeso nos muestra el período que ha seguido a los apóstoles, Esmirna nos habla de la edad de las persecuciones, que, como lo muestra la historia de la iglesia, nos lleva hasta varios siglos después; y entonces Pérgamo nos indica el período, por ejemplo, en los días de Constantino, cuando la iglesia se alió con el mundo. En esta forma, si recordamos el carácter sucesional de estos variados estados, somos llevados, como se ha observado, a la edad media; y no tan lejos del tiempo de Lutero, considerando que Sardis vino después como ese poderoso movimiento del cual él fue uno de sus instrumentos.

El carácter en el cual Cristo se presenta a esta asamblea a través del ángel es completamente diferente a aquel en el cual Él habla a las iglesias anteriores. Aquí, ante todo, es como *“Hijo de Dios”*; y como Hijo, se recordará, es que Él tiene la autoridad sobre la casa de Dios (Heb.3:6) Los ojos *“como llama de fuego, y sus pies como bronce bruñido”*, están en completo acuerdo con Su presentación

¹⁷ Como se ha señalado en la introducción, cuatro partes son distinguidas. El ángel a quien es dirigida la carta, y quien es responsable por el estado de la asamblea; Jezabel, la fuente del Papado, como también la expresión de éste, soportada por el ángel; el remanente, y el vencedor.

como Uno que ejerce esta autoridad; porque los ojos como llama de fuego simbolizan Su penetrante juicio, y Sus pies como bronce bruñido, nos habla de la firmeza con la cual trata con el pecado, y con éste en justicia divina; porque el bronce es un emblema de Dios encontrando al hombre en su responsabilidad de acuerdo a Su justicia. El altar de bronce enseña esta verdad; porque fue allí que Dios encontraba a aquellos que se acercaban, y era allí donde Sus justas demandas eran satisfechas por el sacrificio ofrecido.

El mismo carácter, por tanto, en el cual Cristo es visto aquí demanda, solemne atención. Él no ha abandonado Sus relaciones de gracia, ni abatido una jota de Su inefable amor por los Suyos; pero Él viene aquí, recuérdese, para tratar con el estado público de la iglesia, y con la iglesia como el testigo responsable y porta luz en el mundo; y viniendo para este propósito, Él recuerda al ángel Su absoluta autoridad sobre la casa de Dios, acerca de Su penetrante y consumidor juicio, y de Su constante propósito de no pasar por alto el pecado o el fracaso. Estos solemnes caracteres nunca cesan, mientras la iglesia tiene el lugar de testimonio responsable, y aunque ella pueda haber fallado y renunciado a su testimonio, no está menos en el lugar de responsabilidad ante Dios. Esto es también verdadero en principio acerca de asambleas individuales, y también de creyentes. Pueda el Señor poner nuestras responsabilidades más profundamente en nuestros corazones.

Después de la presentación de los caracteres que el Señor asume aquí, tenemos, primero, Su encomendación: *“Yo conozco tus obras, y amor, y fe, y servicio, y tu paciencia, y que tus obras postreras son más que las primeras”* (v.19). Ésta es una muy grande alabanza, y que ha ocasionado perplejidad a algunos, en que, si Tiatira¹⁸ representa el papado de la edad media. Debe tenerse en mente que, a través de todas las Escrituras, dondequiera que hay fracaso corporativo, el remanente fiel viene a ser investido con la posición corporativa ante Dios. El remanente Judío, por ejemplo, cuando la nación cayó en apostasía, ocupó el lugar de la nación. Así es también en la iglesia de Dios, y sobre este principio, el Señor es capaz de imputar a Tiatira todo el estado y actividades de los devotos santos en medio de ella.

Concerniente a esta clase de testigos fieles en este período, no podemos refrenarnos de transcribir las siguientes palabras: “En ninguna parte, hay una más interesante y profunda historia, en ninguna parte más incansable paciencia; en ningún lugar corazones más verdaderos a Cristo y la verdad, y fidelidad por Él contra una iglesia corrupta, como en los santos de la edad media. A través de trabajo y labor, cazados y castigados; a pesar de un sistema más perseverante y mejor organizado, que aquel de las persecuciones paganas, violentas como

¹⁸ Esta declaración necesita ser modificada ya que es más bien Jezabel, y el estado de cosas producido por su enseñanza lo que representa el Papado. Esto fue tolerado por el ángel, de este modo había identificación moral entre ambos; pero el ángel es claramente considerado responsable por permitir que Jezabel enseñase allí.

realmente lo eran; sin nueva revelación milagrosa, ni un cuerpo públicamente sustentado, o profesión de la iglesia vestida como tal con reconocimiento universal, para que les diese confianza; con cada nombre de ignominia que las personas y sacerdotes podían inventar para cazarlos, ellos prosiguieron un poco vacilantes pero nunca abandonaron el camino, y mantuvieron el testimonio de Dios, y la prometida existencia de la iglesia contra las puertas del Hades, a costo del descanso, el hogar, y la vida y todas las cosas que la tierra podían dar o la naturaleza sentir. Y Cristo había visto esto de antemano, y no olvidado nada. Debilidad puede haber habido allí, ignorancia haber marcado muchos de sus pensamientos, Satanás puede haber tratado de mezclar lo bueno con lo malo, y a veces tenido éxito, pero el registro de su testimonio está en lo alto, y la aprobación de su Salvador brillará cuando los libros que sus cuestionadores han escrito acerca de ellos será como polvo. Esto reconoce el Señor en Tiatira. Ésta no era parte de la iglesia para los hombres de entonces; tampoco a los ojos de algunas personas hoy”.

Este extracto explica plenamente el fundamento de la encomendación del Señor, y pone completamente a un lado el intento hecho en algunos lados para encontrar apoyo en este versículo para la doctrina Papista de las obras como constituyendo méritos ante Dios. El mismo orden de las palabras enseña algo diferente. Después de la declaración general, expresiva del perfecto conocimiento del Señor, viene el “amor”, que es su esencia es la naturaleza divina, y la raíz, por tanto, de toda energía espiritual; después viene la fe, la fe que obra por el amor; y después servicio, paciencia y obras; y estas son más que las primeras. De este modo la creciente consagración de los santos, y esto exhibido en medio de duras pruebas por las cuales ellos estaban pasando. Y era esto, precioso a los ojos del Señor, lo que atraía Su aprobación.

Habiendo expresado esto, Él señala en próximo lugar las lamentables cosas que atraían Su censura: *“Pero tengo unas pocas cosas contra ti: que toleras que esa mujer Jezabel, que se dice profetisa, enseñe y seduzca a mis siervos a fornicar y a comer cosas sacrificadas a los ídolos”* (v.20). Es bien conocido, como un principio de las Escrituras, que una mujer, cuando es introducida como tipo, expresa un estado, considerando que el hombre indica la actividad o la conducta en ese estado. Entonces esto no hace diferencia a la interpretación de si podemos leer aquí “mujer” o “esposa”, porque en cualquier caso el ángel es tenido por responsable ante Jezabel; y el mismo nombre Jezabel señala el significado. Ella era la esposa de Acab, quien era responsable ante Dios por el reino; pero él “toleraba” que Jezabel gobernara, “enseñara”, para producir de esa forma el estado apostata en Israel. De igual manera el “ángel” de Tiatira había sido infiel a su responsabilidad como representante de la asamblea ante Dios, al permitir que Jezabel, el fruto de lo que era visto en cada forma de corrupción y mundanalidad espiritual, y que originó un sistema de doctrina que engendraba muchos adherentes (v.22-23), y producía aquella obra maestra de Satanás, en su imitación de la verdad de Dios, que es conocida ampliamente a través del mundo como el Papado.

En tal condición había caído entonces la iglesia; y Jezabel estaba lejos de ser sensible del mal del cual ella había sido el instrumento, ella se negaba a reconocer esto y a arrepentirse, porque el Señor dice, *“le he dado tiempo para que se arrepienta... pero no ha querido arrepentirse”*. Si adoptamos la interpretación que se menciona a continuación, no sólo es que Jezabel desaprovechara la oportunidad de arrepentimiento que le brindó la paciencia del Señor, sino que su condición era tan endurecida que no tenía voluntad de arrepentirse; y puede que estas palabras también contengan la afirmación de que el papismo continuará, como sabemos que sucederá, sin arrepentirse hasta el final.

Ahora se anuncia el juicio, *“He aquí, yo la arrojo en cama, y en gran tribulación a los que con ella adulteran, si no se arrepienten de las obras de ella. Y a sus hijos heriré de muerte, y todas las iglesias sabrán que Yo soy quien escudriña la mente y el corazón; y os daré a cada uno según vuestras obras”* (v.22-23). Es muy sorprendente notar que, aunque se nos ha dicho que Jezabel no había querido arrepentirse, el Señor dice, al dar estas solemnes advertencias de seguro juicio, *“si no se arrepiente de sus hechos”*. Esto revela paciencia y deseos de que Su profesado pueblo fuese restaurado. El juicio, que es del carácter más severo, es anunciado sobre Jezabel y aquellos que han cometido adulterio con ella (compare Ezeq.16 y Apoc.18:39). “Esto era una asociación forzada con aquellos que ella una vez había seducido para la ruina de ellos”, y “juicio escrutador, de acuerdo a la propia naturaleza y requerimientos de Dios”. La actividad de Jezabel se ve por el hecho que ella tiene “hijos”, aquellos que han sido engendrados y formados por medio de su mala enseñanza, y quienes por tanto se presentaban a sí mismos como la expresión y los exponentes de las vistas de ella. ¡Ay! Un gran número de tales se ve por todos lados en el día actual, no sólo dentro de los confines del Romanismo, sino también entre aquellos que, Romanistas de corazón, aun así, mantienen lazos externos con aquello que una vez llevó el nombre de Protestantismo. Todos estos, dondequiera que se encuentran, serán “heridos de muerte”.

Este juicio puede tener una aplicación doble, presente en gobierno, y futura, cuando cada uno dará cuenta a Dios de sí mismo. Éste parecería ser el caso por lo que sigue. Primero, las iglesias sabrán, y esto sólo podía ser por la visitación de estos juicios en el tiempo, que Cristo escudriña la mente y el corazón; y segundo, cada uno recibirá conforme a sus obras, que es el carácter del juicio eterno (ver Apoc.20). Ésta es la estimación del Señor del juicio sobre Jezabel, es decir, el estado público de cosas que su actividad había producido; no sólo, esto debe recordarse, sobre el estado de cosas caracterizado por Jezabel en días de Juan, ni sobre el existente en la edad media, sino también sobre lo que aquí es proféticamente prefigurado en cada edad hasta el retorno del Señor.

Ahora el Señor se vuelve a aquellos que, a pesar de que estaban en Tiatira, estaban separados de sus males. *“Pero a vosotros y a los demás que están en Tiatira, a cuantos no tienen esa doctrina, y no han conocido lo que ellos llaman las profundidades de Satanás, Yo os digo: No os impondré otra carga; ²⁵ pero lo*

que tenéis, retenedlo hasta que Yo venga” (v.24-25). Ahora tenemos, y por primera vez en la creciente corrupción de la iglesia ante los ojos del mundo, lo que tiene la aprobación del Señor. ¿Qué caracterizaba a este remanente? Rechazo de la enseñanza corriente de ese día, y una posterior separación de la mundanalidad y corrupción que ahora había obtenido un lugar reconocido. Había llegado de este modo el tiempo cuando aquellos que se separaban del mal eran considerados como locos, porque aquellos con quienes se negaban a andar los acusaban de conocer “las profundidades de Satanás”; es decir, con ser guiados por él, como habiendo caído en una de sus más sutiles trampas. ¿Y cuál fue la causa de esta terrible acusación? Separación del mal, un manifestado propósito de andar en el camino de la verdad y la santidad. Fue esto lo que guio a Jezabel y sus asociados e hijos, a odiar a estos pocos, y a insinuar que ellos estaban en secreto comercio con Satanás. La historia a menudo se ha repetido desde ese día, porque dondequiera que algunos del pueblo de Dios se han atrevido, en obediencia a la palabra de Dios, a separarse de las corrupciones de la iglesia profesante, o a purificarse a sí mismos de los vasos de deshonor, ellos de igual forma han incurrido en la más severa condenación, y a menudo han sido objetos de las más malas acusaciones, aun por parte de sus compañeros cristianos. Pero era suficiente para estos “demás”, como lo ha sido para el verdadero remanente de cada edad de la iglesia, tener el veredicto del Señor: Él dice, *“Pero a vosotros y a los demás que están en Tiatira, a cuantos no tienen esa doctrina, y no han conocido lo que ellos llaman las profundidades de Satanás”*. Quienquiera que se preocupa por el honor de Cristo debe estar satisfecho con Su aprobación.

Una cosa el Señor manda al remanente: ellos deben mantener firme lo que tienen hasta que Él venga. Esto podría parecer poca cosa; pero en medio de la corrupción, cuando la fidelidad a Cristo es mirada con ceño fruncido por todas partes, y cuando las más poderosas influencias están en actividad para seducir, a aquellos que mantienen la verdad, no es poca cosa, después de haber resistido, estar firmes. Para esto se necesita toda la armadura de Dios, entonces el Señor encarga al remanente que retenga firme. El estímulo está en las palabras, *“hasta que Yo venga”*. El prospecto de Su venida era un fuerte incentivo para ser valiente, ya que se les recordaba que Su ojo estaba sobre ellos, y que su conflicto terminaría en estar para siempre con el Señor. Nada alienta tanto al soldado en la batalla como ver el esperado socorro de su líder, y nada alienta más al creyente, en el calor de la batalla, como esperar el retorno de su Señor.

Hay otro significado en la introducción aquí, donde por primera vez en estas epístolas, se nos habla de la venida del Señor. Las primeras tres asambleas, en su aspecto más amplio, representan, como ya se ha visto, tres fases sucesivas de la iglesia después de la era apostólica hacia delante. Tiatira sucede, pero, diferente a las otras, continúa sobre la escena como una fase de la iglesia, aun después de la aparición de Sardis, Filadelfia y Laodicea, y sigue juntamente con éstas hasta el fin. Esto explica la mención aquí de la venida del Señor. Otra cosa, sin embargo, debe añadirse. Hasta Tiatira la posibilidad de restauración, aunque todo el futuro estaba ante los ojos del Señor, no era públicamente abandonada;

pero ahora el estado de la iglesia ha venido a ser tan desesperanzador que el Señor dirige al remanente fiel a Su propio retorno como su estímulo, recurso y esperanza. Felices son los santos que pueden comprender esta revelación del pensamiento del Señor.

Ahora tenemos la promesa al vencedor: *“Al que venciere y guardare mis obras hasta el fin, Yo le daré autoridad sobre las naciones, ²⁷y las regirá con vara de hierro, y serán quebradas como vaso de alfarero; como Yo también la he recibido de mi Padre; ²⁸y le daré la estrella de la mañana. ²⁹El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias”* (v.26-29). El lector no fallará en notar un cambio, que también indica la nueva fase que se comenzaba con Tiatira. Hasta ahora el llamado había sido *“el que tiene oídos para oír, oiga”* precedía la promesa al vencedor. Ahora, y también en el resto de las iglesias, esta expresión sigue al llamado. “En las primeras tres”, como se ha escrito, “el oído que escuchaba era referido en conexión con el testimonio general de la iglesia, antes de que el remanente fuese señalado que vencía. En las cuatro últimas iglesias la exhortación sigue al llamado a vencer”. “Esto señala al remanente como separado del cuerpo en general. La posición del remanente es especialmente señalada como no estando más en conexión con el cuerpo general de la iglesia, sino con el lugar en el cual están aquellos a quienes la promesa es enviada”¹⁹.

Dos cosas constituyen al vencedor en Tiatira. Primero, mantener firme lo que tienen, a pesar de la corrupción de Jezabel, manteniendo su separación, andando en el camino de sujeción a la palabra de Dios; y, segundo, guardar las obras de Cristo hasta el fin; es decir, las obras mandadas en el v.19, amor, fe servicio, paciencia y obras. Manteniéndose en este bendito camino hasta el fin, alentados por el prospecto del retorno del Señor, y reteniendo firme lo que ellos poseían, ellos serían vencedores, y estarían autorizados para alimentarse de estas promesas especiales. Estas promesas tienen un carácter doble: asociación con Cristo en el reino, gobernar a las naciones justamente, y posteriormente ejecutar juicio, “como”, añade Él, *“Yo he recibido de Mi Padre”*. El vencedor recibiría de Él de igual forma como Él había recibido del Padre (compare Apoc.3:21); y después también le daría la estrella de la mañana.

La referencia en la primera parte de la promesa es al Sal.2 (compare Sal.110), donde las naciones son dadas a Cristo como Su herencia en respuesta a Su propia petición (*“como Yo he recibido de Mi Padre”*), y donde, como consecuencia, leemos, *“Tú las quebrantarás como vaso de alfarero”* (v.9). El vencedor, por tanto, debe tener parte en la gloria del reino del Mesías. La promesa de la estrella de la mañana habla de algo más íntimo, de una bendición celestial. La estrella de la mañana es Cristo mismo, y Cristo desplegado en toda Su belleza celestial ante los corazones de Su pueblo, como su propia porción y esperanza mientras espera durante la noche, o más bien mientras la noche está pasando, en espera de Su retorno. Como el Sol de justicia Él aparecerá al mundo (Mal.4); como Estrella de

¹⁹ *Lectures on the Addresses to the Seven Churches*, by J.N.D.

la mañana, es el presagio del día que se acerca, Él brilla para la iglesia, y de este modo es su esperanza característica. Y es de este modo presentada a ella que sus afecciones son manifestadas y, que habiendo de este modo despertado sus deseos por el retorno de su Señor, ella, como enseñada por, y en unión con, el Espíritu clama, “Ven” (ver Apoc.22:16-17). Esta promesa, por tanto, es una de gran valor, “*le daré la estrella de la mañana*”. El vencedor de este modo posee, y está asociado con Cristo en Su carácter celestial en una forma muy peculiar, como la porción que satisface su corazón en medio de las tinieblas que lo rodean, para estimularlo a ser exitoso en su conflicto con el poder del mal dentro de la iglesia, y para animar su alma con la pronta espera de la venida del Señor.

El significado del lugar ocupado, por primera vez, por el llamado, “*el que tiene oídos para oír, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias*”, ya ha sido explicado. Y si ha sido comprendido, el lector rápidamente entrará en las solemnes responsabilidades ligadas a todos los que escuchan este llamado. Levantados en medio de un estado Efesio de cosas, esto es repetido con creciente urgencia, una y otra vez, a través de toda la historia de la iglesia; y bendecidos son aquellos que escuchan y se inclinan a las instrucciones dadas por el Espíritu de Dios.

APOCALIPSIS 3.

(5) SARDIS²⁰. (v.1-6)

La peculiaridad de estas cuatro asambleas es, debe recordarse, que mientras ellas se suceden la una a la otra, en cuanto a su desarrollo, todas ellas continúan hasta la venida del Señor. Ellas no se desplazan la una a la otra (hablamos de sus aspectos proféticos) como Esmirna desplaza a Éfeso, y Pérgamo a Esmirna; pero, aunque viniendo sucesivamente sobre la escena, todas ellas llegarán hasta el final de la dispensación. Sardis de esta forma vino a la existencia después de Tiatira, y esto enseguida nos da la clave para su identificación. Si el estado de Tiatira producido por Jezabel representa al Papado de la edad media, Sardis, en el estado de su ángel, nos muestra al Protestantismo. Pero debemos todavía preguntar ¿De qué período?

El poderoso movimiento llamado a la existencia por el Espíritu Santo a través de Lutero y sus amigos, ya sea en su propia o en otras tierras, fue el origen del Protestantismo. En sus días la enseñanza de Jezabel estaba en plena fuerza, y

²⁰ Casi debiese haberse señalado que, como Tiatira llega hasta el fin, Sardis es una nueva partida, como si, producida por una nueva acción del Espíritu de Dios. Este nuevo y vigoroso movimiento fue pronto detenido, y rápidamente cayó en la condición en la cual se encuentra su ángel, teniendo un nombre de estar vivo, y aun así estar muerto. La consecuencia ha sido, como se ve en Laodicea, racionalismo, que es infidelidad, considerando que el fin de Tiatira es ritualismo. ¡Qué significativas son estos dos resultados!

con la excepción de aquellos que se lamentaban en secreto a causa de las corrupciones que prevalecían por todas partes. Los hijos de Dios estaban entonces en plena asociación con el mundo, y habrían pensado que era cosa extraña refrenarse de “*comer cosas sacrificadas a los ídolos*”. Separación del mal, salvo por parte del remanente perseguido, era algo completamente desconocido.

Fue en medio de este estado de cosas que Lutero, un vaso escogido y preparado por Dios para Su servicio, apareció; y él tuvo el privilegio de recordar al pueblo de Dios la plena suficiencia de las Escrituras, y la verdad fundamental de la justificación por la fe. Esto parecía, al comienzo, como el amanecer de un nuevo día, y las almas por todos lados bebían de estas benditas y preciosas verdades, que él y sus compañeros proclamaban, como la tierra seca bebe las fertilizantes lluvias del cielo. Habiendo sido su alma satisfecha, ellos fueron fortalecidos para sacudir sus cuellos del yugo de Roma. Miles se unieron a este movimiento, algunos ¡lamentablemente! Por motivos políticos, el Protestantismo vino a ser un poder en el mundo.

Pero la energía del Espíritu de Dios de esta forma desplegada (porque pocos pueden dudar que ésta fue Su obra) pronto cesó, y rápidamente se perdió en medio de todas las actividades humanas y mundanas que trataban de valerse de esta bendita obra para sus propios intereses personales, y entonces la Reforma se sumergió en la expresión de antagonismo a Roma, usando esta nueva luz y verdad como el hacha de batalla de sus conflictos. Fue Sardis, no la Reforma en su energía prístina, sino lo que vino a ser la Reforma después que su vida y poder se evaporó²¹. Y ésta es Sardis, desarrollándose en un estado más y más triste y corrupto hasta el fin.

En vista de esto la explicación del carácter de la presentación del ángel es muy significativa: “*Escribe al ángel de la iglesia en Sardis: El que tiene los siete espíritus de Dios, y las siete estrellas, dice esto*” (3:1). La iglesia sobre la tierra es la habitación de Dios a través del Espíritu, y ésta es la esfera, por tanto, de Sus operaciones y poder. Pero, como hemos visto, Sardis²² no presenta señal de Su actividad; y es a causa de esto que el Señor se presenta a Sí mismo como poseyendo el pleno poder (siete es el número de perfección y plenitud) del Espíritu Santo en Sus ministraciones. La iglesia de este modo puede fallar; pero Cristo (y esto es para el confort de Su pueblo en medio del decaimiento, la corrupción y la muerte) nunca falla; entonces, cual sea el estado de la iglesia, Él

²¹ La prueba de esto puede verse en los v. 2 y 3, donde el ángel es exhortado a afirmar las cosas que quedaban y que estaban a punto de morir, etc.

²² Decimos Sardis; pero el lector recordará que es realmente el ángel, quienes enseñan y gobiernan a quienes son dirigidos. Aun así, son ellos quienes producen el estado público. El racionalismo, por ejemplo, siempre ha venido de los “maestros” del pueblo. El remanente en esta asamblea es aquellos que rechazan las influencias del ángel, y que mantienen la santidad en vida y andar.

todavía tiene a Su disposición todo el poder del Espíritu. Éste es un inmenso principio para sustentar a los santos, constituyendo realmente su recurso en todos los tiempos. En Pentecostés, por ejemplo, el Espíritu obraba sin estorbo, y la consecuencia era poder en testimonio, la energía del “primer amor”, y la perfecta comunión de los santos. Contemplando todo esto, y contestándolo con lo que ahora se ve, podemos venir a ser completamente desalentados excepto somos recordados, como aquí, que hay mucho poder disponible para la fe hoy como entonces, que Cristo tiene todavía “*los siete espíritus de Dios*” a Su soberana disposición. ¡Bendita consolación!

Él también tiene “*las siete estrellas*”. No se dice ahora, como en Éfeso, que las tiene en Su diestra; es decir, que las sostiene con poder, pero ellas todavía pertenecen a Él, y desea que ellos reconozcan Su autoridad y que también cuenten con Él para que supla sus necesidades en Su servicio. Mientras más negativo sea el estado de cosas, más Él quiere que aquellos que tienen el lugar de líderes entre los santos conecten todo, o más bien reaviven todo de Él mismo. Cuando no hay visible sustento para aquellos en responsabilidad es más importante (aunque esto es siempre así) apoyarse completamente en Cristo.

La condición del ángel de la asamblea es descrita en una breve, triste sentencia llena de significado: “*Yo conozco tus obras, que tienes nombre de que vives, y estás muerto*”. Las obras son generales; y “conozco” es solamente la declaración de que nada escapa a la cuenta del Señor, que Él está enterado de toda la condición de Su pueblo; y después, como resultado de Su investigación (porque Él anda en medio de los candeleros de oro), Él da Su veredicto, Su infalible veredicto. ¿Y cuál es éste? Que tiene nombre de estar vivo, pero que en verdad está muerto. Éste era el estado del ángel de Sardis, la actual y existente Sardis, como presentado a los ojos de Cristo (y Sus ojos son como llama de fuego). Y este estado de cosas representa también al Protestantismo después de los días de Lutero, y debe recordarse, como ésta se encontrará hasta la venida del Señor.

¿Cuáles son entonces las aplicaciones presentes de estas solemnes palabras? Tres al menos pueden ser notadas, y a éstas debe darse una atención especial. Primero, entonces, tenemos lo que es obvio al Protestantismo de ésta y otras tierras. Y cuando hablamos del protestantismo, no hablamos, debe notarse, de alguna congregación en forma individual, sino del Protestantismo como un todo, como éste se presenta en el mundo. ¿Es su condición distinta a la que se nos presenta aquí? Aun el observador más superficial debe admitir esta verdad, y que su condición aun es peor a la que encontramos aquí descrita. Todos los movimientos evangélicos del día, todas las reuniones y conferencias para la promoción de la vida espiritual, están fuera de las reconocidas organizaciones del Protestantismo, por tanto, esto no puede abogarse para mitigar este veredicto. En el protestantismo el racionalismo, el celo y la actividad política, la mundanalidad en todas sus formas, son sus fuerzas vitales; pero ¿dónde está la señal de la actividad del Espíritu Santo? No; allí encontramos estancamiento espiritual, si, muerte también es lo que lo caracteriza, aunque éste se jacte de

sus gloriosas tradiciones y de tener un nombre de estar vivo. Que hay aquí y allí congregaciones de otro orden, ministradas por hombres devotos, lo admitimos felizmente; pero este hecho de ninguna forma altera la condición general del Protestantismo. Una segunda aplicación, como en el caso de Éfeso (y Sardis era una asamblea única en días de Juan), es que pueden hacerse aplicaciones a iglesias particulares; es decir, si hay alguna asamblea en algún lugar correspondiendo en su condición espiritual con la descripción aquí dada, entonces esta carta, con sus escrutadoras declaraciones y advertencias, debiese ser seriamente pesada en presencia de Dios. Finalmente, si hay un individuo, un profesante, que tiene nombre de vivir entre los Cristianos, y que a pesar de ello está muerto espiritualmente, él también hará bien en meditar en estas comunicaciones divinas.

Ahora llegamos a las exhortaciones de advertencia: “*Sé vigilante, y afirma las otras cosas que están para morir; porque no he hallado tus obras perfectas delante de Dios.*”²³ *Acuérdate, pues, de lo que has recibido y oído; y guárdalo, y arrepíentete. Pues si no velas, vendré sobre ti como ladrón, y no sabrás a qué hora vendré sobre ti*” (v.2-3). Las palabras “*sé vigilante*” realmente significan “venir a ser así”, mostrando que en aquel tiempo no eran vigilantes; porque, como se ha visto, éste era un tiempo de muerte espiritual. Y la consecuencia de no haber sido vigilante fue que las cosas que quedaban estaban comenzando a morir. Estos antes habían sido canales de energía, llenos de vida, pero ahora languidecían a causa de la falta de energía espiritual, formas de vida todavía quedaban, pero eran sólo formas, ahora que la vida que los había llamado a la existencia se había debilitado, para no decir, que casi ya se había alejado. El fundamento de esta exhortación se encuentra en la posterior cláusula, “*no he encontrado tus obras perfectas delante de Dios*”²³. Había, todavía actividades en Sardis; y a menudo es el caso que estas actividades, que han sido realmente producidas por medio de una verdadera obra divina, seguirán adelante, y a veces con creciente celo, mucho después que el poder que las produjo ha cesado. Fue así en Sardis, como puede verse en sus variadas sociedades, con sus multiformes organizaciones, para el cumplimiento de fines religiosos y filantrópicos.

Pero el Señor ha examinado la naturaleza de estas “obras”, y Su sentencia es que ellas no están “completas ante Mi Dios”. Antes de que el hombre pueda aparecer como digno de toda encomendación, ante Dios éstas eran deficientes, faltando del elemento esencial de las buenas obras; porque, considerando que éstas no habían sido producidas por la energía del Espíritu Santo, éstas no eran Cristianas, sino realmente obras muertas. Éste es el motivo que determina el carácter de todas nuestras actividades, y el motivo nunca es Cristo excepto el Espíritu Santo sea su poder.

Habiendo expuesto la verdadera condición de Sardis, después se indica el método

²³ La verdadera traducción es, “*no he encontrado tus obras completas ante Mi Dios*”.

de restauración. Éste era, en primer lugar, recordar lo que había recibido y escuchado; es decir, eran recordados de la fuente de todas las bendiciones que ellos habían recibido, que no era nada sino la gracia la que les había concedido tales inexprresables privilegios (compare 1ª Cor.4:7), y ellos debían medirse a sí mismos por el estándar de verdad que ellos habían oído al principio. Esta exhortación contiene un muy interesante principio. La responsabilidad de esta asamblea se ve conforme a la luz que ésta había recibido (compare Mt.11:21-24) Sardis, por tanto, y también Sardis hoy, es juzgada por la luz que recibió en la Reforma; por la verdad de la suficiencia de las Escrituras, y por la doctrina de la justificación por la fe. ¿Podía ella resistir esta prueba? Es en el pleno corazón del protestantismo que la plena inspiración de las Escrituras está siendo por todas partes negada, y que el dogma de la justificación por la fe es tratado como una reliquia de una edad de ignorancia. Sardis debe realmente meditar en estas palabras del Señor que señalan cual es la medida de su responsabilidad²⁴. El Señor de este modo la llama a mantener firme *“las otras cosas que están por morir”*, a arrepentirse y humillarse ante Dios, al contrastar su condición pasada con la actual, para que allí, en un verdadero espíritu de juicio propio, y reconociendo su triste declinamiento y caída, ella pueda buscar gracia para su restauración²⁵.

Espacio para el arrepentimiento ha sido dado. Ella, sin embargo, no se ha valido de ello, entonces el Señor en Su sabiduría tratará con ella de acuerdo con sus males. El lector una vez más recordará que no es a los cristianos que el Señor juzgará de esta forma, sino a la iglesia como el vaso de Su testimonio, como su porta luz responsable en medio de las tinieblas de este mundo. ¿Y cuál es el juicio aquí denunciado? Que el Señor tratará a la iglesia, Sardis, como al mundo, si ella no se arrepiente. Esto será comprendido si nos volvemos por un momento a 1ª Tes.5, escribiendo a los santos, el apóstol dice, *“Porque vosotros sabéis perfectamente que el día del Señor vendrá, así como ladrón en la noche; ³ que cuando digan: Paz y seguridad, entonces vendrá sobre ellos destrucción repentina, como los dolores a la mujer encinta, y no escaparán. Mas vosotros, hermanos, no estáis en tinieblas, para que aquel día os sorprenda como ladrón”* (v.2-4). En el capítulo anterior él ha explicado a los santos que ellos serían cogidos en las nubes para encontrar al Señor en los aires, antes de que llegara el

²⁴ Es interesante notar que la responsabilidad del individuo, al menos del siervo, es conforme a un estándar diferente. Si él no hace la voluntad de su Señor, aunque ignorándola, él será azotado poco, ya que la voluntad del Señor es revelada en las Escrituras, no hay excusa para ello (Lc.12:48).

²⁵ Como una ilustración del hecho de que el ángel es el representante en la asamblea, debe notarse que todas estas exhortaciones y advertencias son dadas al ángel. Mientras la asamblea no puede sino ser responsable por su estado en los creyentes individuales que la componen, y es a aquellos que enseñan, y que tienen el liderazgo, que el Señor espera su restauración.

día del Señor, que comenzaría con Su aparición. Es sobre el mundo, por tanto, que el día del Señor vendrá como un ladrón; y ahora Sardis es advertida de que, si no se arrepiente, el Señor vendrá sobre ella de la misma forma. Ella será tratada como el mundo. Es realmente, sobre la Cristiandad, cual sea su última forma después que la iglesia haya sido tomada, que el día del Señor caerá con juicios especiales, y esto también será en el mismo momento cuando aquellos dentro de su esfera estarán comenzando a decir, paz y seguridad; que vendrá sobre ellos destrucción repentina, como los dolores de parto a la mujer encinta; y no escaparán, éste será el destino de eso que, teniendo nombre de que vive, está en realidad muerto.

Como en Tiatira así también aquí un remanente es distinguido. *“Pero tienes unas pocas personas en Sardis que no han manchado sus vestiduras; y andarán conmigo en vestiduras blancas, porque son dignas”* (v.4). “Nombres” en este lugar, es usado para personas, pero como mostrando el conocimiento íntimo de ellos, y quizás, al mismo tiempo, señalando la pequeñez de sus números. No manchar sus vestiduras significa que ellos han sido mantenidos limpios de los males que los rodeaban. Santiago de este modo habla de guardarse a uno mismo puro y sin mancha del mundo (Stgo.1:27); y aquí no sólo del mundo, sino también de las contaminaciones dentro de la esfera del pueblo profesante de Dios. Este remanente es muy precioso para el corazón del Señor, y esto se ve por la promesa concerniente a ellos, *“y andarán conmigo en vestiduras blancas, porque son dignas”*. Habiendo mantenido la santidad en su andar y conducta mientras estaban en la esfera de la responsabilidad, su recompensa distintiva tendrá relación con la separación moral entonces mantenida. La santidad practica de su andar aquí tendrá como fruto y consecuencia andar con Cristo en vestiduras blancas, la expresada recompensa a su fidelidad.

Y Él se complace en añadir, *“porque son dignos”*, hechos dignos por medio de Su propio poder preservante, pero teniendo esta dignidad imputada a ellos por Su gracia y amor (compare Lc.21:36).

Tres promesas distintas son hechas aquí al vencedor. Vencer en Sardis sería recordar lo que ellos habían recibido y oído, y mantener firme esto y arrepentirse y adquirir la condición de aquellos que no habían manchado sus vestiduras. Esto se ve por el carácter de las promesas. Primero, ellos *“andarán conmigo en vestiduras blancas”*. La correspondencia entre esta promesa y aquella al remanente fiel inequívocamente muestra que el vencedor debiese ser llevado dentro de esta clase. En cuatro ocasiones diferentes ropas o vestiduras blancas son mencionadas en este libro. La multitud, que nadie puede contar, que ha salido de la gran tribulación, se nos dice que ha lavado y emblanquecido sus ropas en la sangre del Cordero.

Esto puede ser llamado limpieza judicial (Apoc.7)²⁶. Los mártires que vemos bajo

²⁶ Esta interpretación puede ser quizás cuestionada bajo dos fundamentos; primero, que la sangre es por la persona, por su culpabilidad; y segundo, que nunca se nos dice en la

el altar reciben ropas blancas (Apoc.6:9-11), y son aquí quizás una señal de aprobación del Señor. En Apoc.4 y 19 los ancianos y la esposa del Cordero están vestidos con vestiduras blancas, y en el último caso tenemos la interpretación de estas ropas por el mismo Espíritu Santo en las palabras, “*el lino fino blanco y resplandeciente son las justicias de los santos*”. Esto nos da la clave al significado de las vestiduras blancas en nuestro pasaje, considerando que la promesa se refiere a una futura condición celestial. El Señor de este modo promete que el fruto de vencer sería manifestado y gozado en el cielo; que cada acto de fidelidad hacia Él que guía a la separación de la impiedad aquí, debe tener su apropiada recompensa en el eterno despliegue o manifestación en Su misma presencia.

La segunda promesa, “*no borraré su nombre del libro de la vida*”, lleva consigo también una muy marcada relación a la condición de cosas en las cuales se encuentra el vencedor. Aquello que ha caracterizado a Sardis como teniendo un nombre de vivir y estar muerto. Cuantos nombres muertos, nombres de profesantes muertos, por tanto, deben haber estado en sus registros; y cada uno de estos fatalmente borrados. En el libro de la vida de Dios (ver Fil.4:3 y Apoc.13:8; 17:8 y 20:15) no sucederá tal cosa; pero cuando la profesión es incluida, es diferente, y es esto lo que el Señor implica en esta promesa. Puede haber otros significados. Cuando creyentes piadosos, en su deseo de ser encontrados en obediencia a su Señor, son obligados a separarse de las corrupciones religiosas, ellos incurren en la hostilidad de aquello que demanda ser la iglesia, y sus nombres son borrados de los registros humanos. Pero el Señor sustenta los corazones de los tales en sus pruebas con la seguridad de que sus nombres no serán borrados del libro de la vida.

Hay todavía más; porque Él añade, “*y confesaré su nombre delante de mi Padre, y delante de sus ángeles*” ¡Qué honor! Pero uno, también, públicamente conferido sobre el vencedor. No hay nada que un soldado codicie más que su nombre sea mencionado por su comandante en sus reportes que anuncian una victoria para su gobierno. ¡Pero qué es esto comparado con lo que el Señor concede sobre aquellos que han peleado la buena batalla, terminado su carrera, y guardado la fe! Él confesará los nombres de todos aquellos ante la audiencia de Su padre y de Sus ángeles. Esto, si es un inexpresable honor, no es menos un fruto de la gracia. Esto puede parecer ahora una cosa pequeña y despreciable para un santo mantener el lugar de separación del mal, y el resistir exitosamente todas las seducciones a las cuales se está expuesto debido a los hábitos y prácticas que lo rodean en la esfera de la profesión cristiana; pero cuando el nombre del tal sea pronunciado por el Señor ante el Padre, y ante el ejército celestial, no habrá uno sólo en esa incontable multitud que no estimará esta señal de aprobación como

Escritura que debemos aplicarla a nosotros mismos. Por tanto, la fuerza de la frase es, “*en el poder o la virtud de la sangre,*” esto puede significar que, estando bajo su eficacia, ellos han lavado sus ropas, mantenido la pureza en su andar y vida. El lector pesará esta sugestión.

el más alto honor que puede tenerse. Pueda cada creyente que lee estas palabras ser movido a buscar gracia para ser contado como un vencedor.

La epístola termina, como en Tiatira, con el llamado a aquel que tiene oídos para oír, prueba del intenso interés del Señor por Su pueblo, y de Su ardiente deseo de que Sus palabras puedan encontrar una entrada, y producir una respuesta en sus corazones.

(6) FILADELFIA. (v.7-13)

Después de Sardis viene Filadelfia; pero nuevamente debe tenerse en mente que, si las últimas cuatro asambleas aparecen sucesivamente, ellas siguen juntamente hasta el final; que, diferente a la segunda, tercera y cuarta, que desplazan a las anteriores, estas cuatro continúan, después de haber aparecido en la escena, hasta la venida del Señor. Hay, además, un gran contraste notado entre Sardis y Filadelfia. Si Sardis es el Protestantismo, del cual puede haber pocas dudas que no sea así. El Protestantismo como se ha señalado ya anteriormente, en su energía prístina, cuando el Espíritu de Dios obró poderosamente a través de vasos escogidos, y produjo lo que ha sido llamado la Reforma; sino que es más bien lo que ha venido a ser el protestantismo, sumergido, después que la energía del Espíritu Santo cesó, cuando su vida y poder se cristalizó en ritos, formas y organizaciones. Filadelfia, por otra parte, se nos presenta en toda su frescura y belleza, y entonces atrae de parte de Señor sólo encomendación y bendiciones prometidas. El ojo y el corazón del Señor son refrescados y gratificados por esta asamblea ²⁷. Otra cosa debe también observarse. Tiatira y Sardis son intensamente eclesiásticas, se presentan a sí mismas en el mundo como organizaciones públicas, considerando que Filadelfia, en una medida y Laodicea, son estados y condiciones más morales. Esto se verá más plenamente después; sólo que esto ayudará a la interpretación si esto es recordado.

Habiendo llegado a la carta al ángel de esta asamblea, tenemos, ante todo, después de la dirección, como en las otras, los caracteres en los cuales el Señor es presentado. *“Escribe al ángel de la iglesia en Filadelfia: Esto dice el Santo, el Verdadero, el que tiene la llave de David, el que abre y ninguno cierra, y cierra y ninguno abre”* (v.7). La diferencia en esta presentación de las ya consideradas se percibe enseguida. Aquí se trata de lo que Él es en Sí mismo, de Su carácter moral, como podría decirse, exhibiendo, es verdad, lo que es el Señor, pero

²⁷ Debe, sin embargo, notarse que la asamblea como tal no aparece. La dirección es al ángel a través de todo, ya sea en encomendación, promesa, o exhortación. Se trata, por tanto, de aquellos simbolizados por el ángel; pero no podemos dudar que es la asamblea, la que está detrás del ángel; que, en otras palabras, el estado del ángel y de la asamblea son idénticos.

indicando también lo que esta exhibición debiese producir en Su pueblo, si no podemos decir que Sus requerimientos de aquellos que, en un día malo, entran en Sus pensamientos y reciben Su aprobación. Como otro ha escrito, “éste es Su carácter personal, lo que Él es intrínsecamente, santo y verdadero, lo que la Palabra despliega y requiere, y lo que la palabra de Dios es en sí misma, el carácter moral y la fidelidad. Realmente, esta última palabra incluye la fidelidad a Dios dentro y fuera, de acuerdo con lo que se ha revelado, y fidelidad para realizar lo que Él ha declarado”. Y no debiese olvidarse que esta presentación de Él mismo es permanente, y, como tal, declarando a los santos de hoy que nada que no responda a Él como el santo y el verdadero puede tener Su aprobación. Allí debe estar lo que conviene a Su naturaleza, y la fiel consistencia con esa Palabra que Él ciertamente cumplirá:

Junto con esto Él posee “*la llave de David*”; es decir, como es claro por la escritura de la cual esta figura ha sido tomada (Isa.22:22), el poder de la administración. Exteriormente Él no interfiere, y para la incredulidad Él podría parecer completamente desinteresado en cuanto a la confusión y tumulto alrededor, como lo fue a Sus discípulos, cuando dormía en la barca en medio de la tormenta. Pero Él nunca renuncia a Sus prerrogativas, Él posee las llaves del gobierno, y es Él, por tanto, y sólo Él, quien “*abre y ninguno cierra, y cierra y ninguno abre*”, ¡Qué consolación! Podría parecer que son sólo los instrumentos humanos los que a menudo cierran la puerta, a la vista humana, pero ellos están cumpliendo sólo Su voluntad, aunque ellos mismo puedan estar actuando en la carne. El siervo, por tanto, no debe intentar abrir una puerta cerrada, mientras, por la otra parte, si el Señor la ha abierto, él puede en paz descansar con la seguridad de que nadie puede cerrarla.

Habiendo llamado la atención a Sí mismo y a Su poder administrativo, el Señor se dirige después al ángel de la asamblea. “*Yo conozco tus obras; he aquí, he puesto delante de ti una puerta abierta, la cual nadie puede cerrar; porque, aunque tienes poca fuerza, has guardado Mi palabra, y no has negado Mi nombre*” (v.8). Invertiendo el orden, podemos, primero, detenernos sobre las características de esta asamblea, ya que ellas forman, de hecho, el fundamento de la anunciada puerta abierta.

El interés del Señor por el estado de Su pueblo es nuevamente declarado por la Palabra, esto ha sido considerado en las páginas anteriores, “*conozco tus obras*”. Nada escapa a Su vista; y aquí realmente, como en Cantar de los Cantares, Él ha venido a Su huerto para comer de Sus agradables frutos. Las características mencionadas pueden no parecer, a primera vista, grandemente atractivas; aun así, son estas débiles expresiones del poder del Espíritu lo que deleita el corazón de Cristo.

(1) “*Tienes poca fuerza*”. A pesar de que el Señor sólo tiene que dar encomendaciones acerca del ángel de Filadelfia, no hay despliegue de poder y energía, como en los días pentecostales. El tiempo para esto, realmente, había pasado hace mucho tiempo ya, y ahora debilidad, y poca fuerza, marcaban la

condición de los santos en Filadelfia. Era de necesidad (hablamos de la Filadelfia profética más bien que de la asamblea histórica); porque mientras ésta es completa y corporativa, aun así, considerando sus coexistencia con Tiatira y Sardis, tenemos el carácter de un remanente. El pensamiento natural, aun en almas piadosas, cuando no son instruidas por la palabra de Dios, es que anhelan la manifestación de poder como en días pasados; pero los tales tienen que aprender, de esta comunicación divina, que, dentro del círculo de esa condición que satisface el pensamiento del Señor, nunca puede haber algo más allá de “*poca fuerza*”.

(2) “*Has guardado Mi palabra*”. Ésta es la característica que deleita el corazón de nuestro bendito Señor y una característica, sobre todas las otras, que distingue el estado moral. Esto puede verse de otra escritura: “*Si alguno me ama, Mi palabra guardará*”, etc. (Jn.14:23). Guardar Su palabra significa atesorarla en el corazón de manera que ésta moldee, gobierne y produzca obediencia. El término “palabra”, además, es muy comprensivo, e incluye la suma y sustancia de todas las comunicaciones del Señor a Su pueblo. Cuando, por tanto, Él dice al ángel de Filadelfia, “*has guardado Mi palabra*”. Él quiere decir que Su pueblo ha valorado ésta como su más grande tesoro, y que ellos están individualmente gobernados por, y en sujeción a ella; y que por lo tanto Él tiene Su justo lugar de supremacía en sus corazones y en su servicio. ¡Quiera Dios que haya más de este propósito colectivo de corazón para poder obtener la misma bendición y aprobación!

(3) “*Y no has negado Mi nombre*”. “Nombre”, como es usual en las Escrituras, es la expresión de lo que es Cristo, como revelado a Su pueblo, e incluye, por tanto, la verdad de Su persona y obra, como también Su autoridad, como mostrada por Su título, “Jesucristo”. Es notable que esto sea puesto en una forma negativa; pero fue, y no es poca cosa encontrar, en medio del declinamiento, y aun renuncia a las verdades de la redención, si no apostasía, a aquellos que están colectivamente guardando la palabra del Señor y no negando Su nombre. El remanente en medio del apostata Israel en días de Acab es descrito de forma similar, como aquellos que no se habían inclinado ante Baal. Para tomar prestado el lenguaje de otro: “parece poco; pero en medio del declinamiento universal, de muchas pretensiones y demandas eclesiásticas, y muchos alejándose tras los razonamientos humanos, guardar la palabra de Aquel que es santo y verdadero, y el no negar Su nombre, es todo”.

Es al ángel de esta asamblea en esta condición que el Señor dice, “*He aquí, he puesto delante de ti una puerta abierta, la cual nadie puede cerrar*”. Esto implica que dondequiera que se encuentra la condición aquí indicada, el Señor abre a Sus siervos una puerta, una puerta para Su testimonio y servicio, y una puerta que Él mantendrá abierta, cuales sean los esfuerzos hostiles que intenten cerrarla. Fue así en el propio servicio del Señor en medio de Israel. Para la vista exterior, Él tenía poco poder; Él fue crucificado en debilidad, Él vivía por cada

palabra que salía de la boca de Dios. Él verdaderamente no negaba el nombre de Su Padre, y estaba siempre ante Él, a pesar de la astucia, malicia y enemistad del hombre, tenía una puerta abierta delante de Él. A Él abrió el portero; del mismo modo ahora a todos aquellos que, en alguna medida, poseen las características morales aquí dadas. Nunca, por tanto, debemos estar ansiosos acerca de puertas abiertas para el servicio; nuestro único interés debe ser estar en el estado para ser usados, y entonces tendremos siempre una puerta abierta, aunque haya muchos adversarios.

Ahora siguen las promesas. La primera concierne a su entorno eclesiástico. *“He aquí, Yo entrego de la sinagoga de Satanás a los que se dicen ser judíos y no lo son, sino que mienten; he aquí, Yo haré que vengan y se postren a tus pies, y reconozcan que Yo te he amado”* (compare Isa.60:14). ¿Quiénes, entonces, están demandando ser judíos? Pocas dudas puede haber que son aquellos que “fundamentan su religión en ordenanzas, y no sobre Cristo”, quienes son gobernados por las tradiciones y las costumbres eclesiásticas, y no por la palabra de Dios, aquellos que hacen una “pretensión eclesiástica a una religión sucesional divinamente establecida”. No es que ellos digan, esto en muchas palabras, que ellos son judíos, pero que en efecto lo hacen, al tomar claramente el fundamento Judío en sus órdenes, vestiduras, ritos, ceremonias y templos religiosos. Y estos siempre han sido, cuando la ley lo ha permitido, los activos perseguidores de aquellos que, rechazando las antiguas tradiciones, han tratado de ser guiados sólo por la palabra de Dios; y, cuando restringidos, ellos los han tratado con menosprecio. Ellos demandan, a través de la sucesión apostólica de Pedro, quien fue el apóstol Judío, el apóstol de la circuncisión, ser la iglesia divinamente establecida; pero es de los tales que el Señor dice, ellos son *“sinagoga de Satanás”*, no exactamente son ésta, sino de ésta, ellos pertenecen a la sinagoga que está moralmente bajo el poder de Satanás.

En este día los tales están prominentemente ante el mundo y ocupan a sus ojos el lugar de la iglesia, mientras aquellos que con poca fuerza tratan de guardar la palabra de Cristo, y no negar Su nombre, son, si son considerados, despreciados; pero está viniendo el tiempo cuando estas posiciones relativas serán alteradas, y cuando aquellos que son ahora exaltados por sus pretensiones vendrán y adorarán ante los pies de Filadelfia, y sabrán que ella ha sido el objeto de Su amor.

¡Tal confort administra el Señor a Su pueblo afligido! Éste fue Su propio camino, condenado y despreciado por los líderes religiosos de Su pueblo, si, rechazado y crucificado. Ahora Él es Aquel que está exaltado, y ellos un día tendrán que doblar sus rodillas al nombre de Jesús, y confesar que Él es Señor para la gloria de Dios Padre.

Tenemos, en próximo lugar, una promesa de otra clase: *“Por cuanto has guardado la palabra de Mi paciencia, Yo también te guardaré de la hora de la prueba que ha de venir sobre el mundo entero, para probar a los que moran sobre la tierra”* (v.10). El significado de *“la palabra de Mi paciencia”* puede verse por

Apoc.1:9.- Juan se describe a sí mismo como *“Yo Juan, vuestro hermano, y copartícipe vuestro en la tribulación, en el reino y en la paciencia de Jesucristo”*. Todo el actual intervalo es el tiempo de la paciencia de Cristo, porque Él espera a la diestra de Dios hasta que Sus enemigos sean hechos estrado para Sus pies; y Él ha enseñado a Su pueblo esto, “y dado la palabra de que en enseñanza dirige el camino, espíritu y conducta de aquel que espera. Ellos esperan con Cristo de acuerdo con la palabra de Su paciencia”. Éste es un muy bendito estado de alma, porque, si no recordamos el carácter del momento actual, somos tentados a ser impacientes en presencia de las actividades y poder del mal; pero una vez que tenemos el pensamiento de Cristo, que espera pacientemente, y el hecho que mientras Él más espera, más extenso es el día de la gracia, nuestras almas son estimuladas al encontrar descanso en comunión con Él. Por esta razón es que Pablo oraba por los Tesalonicenses, para que el Señor dirigiera sus *“corazones al amor de Dios, y la paciencia de Cristo”*.

Filadelfia ha gozado de la comunión con el Señor al guardar la palabra de Su paciencia; y como incentivo a la perseverancia en este camino, Él ministra la adecuada promesa que Él la guardaría de *“la hora de la prueba que ha de venir para probar al mundo entero”*. Esta hora de prueba, de la cual habla el Señor, no es la tribulación sin paralelo de la que leemos en Mt.24, concerniente a la cual Él dice, *“si aquellos días no fuesen acortados, ninguna carne sería salva: pero por causa de los escogidos estos días serán acortados”* (v.22). Ésta es la tribulación Judía, conectada con el Anticristo, y limitada a Jerusalén y Judea; pero la hora de tentación de la cual habla nuestra escritura (coincidiendo en tiempo posiblemente, y brotando de causas similares, y considerando que el cabeza del imperio occidental y el anticristo estarán asociados) debe venir sobre toda la tierra habitable. El objeto por el cual se permite esta prueba es para *“probar a los que moran en la tierra”*. Esto no significa a todos los habitantes de la tierra: ésta es más bien una expresión moral que denota a aquellos que, como en Fil.3, piensan en las cosas terrenales, aquellos que, de hecho, han rechazado el testimonio de Dios, y que tienen sus pensamientos, afecciones y deseos limitados a, y atados por este mundo presente.

Pero si se pregunta, ¿No será guardado todo el pueblo de Dios, toda la iglesia, de la hora de la prueba? Sin duda, porque realmente este tiempo no llegará sino hasta después que la iglesia haya sido tomada para estar con el Señor. Pero el punto es, como también en algunos respectos en todas las promesas a los vencedores, el necesario estímulo para los santos en sus circunstancias especiales a la que se ministra de este modo. El Señor ha hablado de la palabra de Su paciencia que el ángel de Filadelfia ha guardado; y por esto podemos comprender, que esta asamblea existió, o, si hablamos de la Filadelfia profética, que existe, en presencia de un gran despliegue del poder del mal; y esto hacía necesario, y por gracia ellos exhibían, mucha paciencia en inteligente comunión con su Señor. Fue a los santos en estas circunstancias que el Señor dio esta promesa, en la cual les recuerda que se estaba acercando el tiempo cuando habría un casi universal e inestorbable despliegue del mal; pero ellos serían guardados

fuera de este tiempo, porque ellos estaban guardando la palabra de Su paciencia. De esta forma Él ministraba un sustento actual y consolación para sus corazones, al recordarles que en este tiempo futuro de severa prueba ellos encontrarían su gozo eterno en Su propia presencia.

Un nuevo estímulo sigue a esto, *“He aquí, Yo vengo pronto; retén lo que tienes, para que ninguno tome tu corona”* (v.11). Esta asamblea estaba rodeada con males de toda clase. Jezabel gobernaba imperturbablemente en Tiatira; Sardis tiene un nombre de que vive, pero está muerta, y se caracteriza corporativamente por una profesión sin vida; por lo cual se necesita no poca fidelidad y energía para aferrarse al Señor y Su verdad en tales circunstancias. Hay muchas ocasiones, en tiempos como estos presentes, cuando la sutil tentación se presenta, ¿Es posible mantener el honor del Señor y Su verdad? ¿Con todo lo que se llama a sí mismo Cristiano en oposición, no es mejor proseguir un camino individual? Es para enfrentar este ardid del enemigo que el Señor expresa estas palabras. Él sabe y ve el conflicto; y por eso mismo, Él alienta a Sus fieles con el prospecto de Su venida para mantenerlos en la lucha, hasta que sus manos, como las manos de Dodo, se peguen a sus espadas. La fuerza de la palabra es, *“He aquí, Yo vengo pronto; retén lo que tienes, para que ninguno tome tu corona”*, la corona de Mi aprobación y sonrisa. Es como si uno viese a un marinero en un naufragio aferrado a un trozo de madera, y escuchando las palabras “afírmate, yo ya estoy llegando”. El bendito Señor ve las dificultades de los Suyos para guardar Su palabra, y no negar Su nombre. Él conoce toda nuestra debilidad, y como a veces estamos a punto de ser abrumados por las olas que se levantan a nuestro alrededor.

Después tenemos la promesa al vencedor: *“Al que venciere, Yo lo haré columna en el templo de mi Dios, y nunca más saldrá de allí; y escribiré sobre él el nombre de mi Dios, y el nombre de la ciudad de mi Dios, la nueva Jerusalén, la cual descende del cielo, de mi Dios, y mi nombre nuevo”* (v.12). El carácter del vencedor en esta asamblea debe observarse de manera especial. No hay mal indicado que resistir y vencer, no es tampoco perseverancia en fidelidad lo que es urgido sobre estos santos, a un al costo de la muerte de martirio como en Esmirna; sino que vencer aquí significa simplemente mantener, *“retén firme lo que tienes”*; *“Al que venciere”*, es decir, al que retuviere firme, *“le haré columna”*, etc.

También debe notarse que la promesa al vencedor tiene relación con la actual condición de Filadelfia. Aquí, ésta tiene poca fuerza; el Señor promete hacer al vencedor en Filadelfia, *“columna en el templo de Mi Dios, y nunca más saldrá de allí”*, estabilidad y permanencia contrastarán su condición con la debilidad aquí, y la transitoriedad. Aquí, guardar la palabra de Cristo constituía la corona del vencedor, arriba con Cristo, él tendrá un nombre escrito sobre sí mismo *“el nombre de Mi Dios”*; la expresión de todo lo que es Dios como revelado en Cristo, y manifestado en Su palabra; *“y el nombre de la ciudad de mi Dios, la nueva Jerusalén”*, el despliegue de la gloria de Dios en la iglesia en su condición

glorificada (ver Apoc.21:10); “y *Mi nombre nuevo*” el nombre no conocido a los profetas y Judíos, conforme a la carne, pero que Él ha tomado como muerto a este mundo (donde la falsa iglesia se ha establecido), y resucitado en gloria celestial: ésta es asociación íntima con Cristo, como mostrada por la repetición de la palabra “Mi”, en cada variedad de Su gloria celestial. En sus propias relaciones con Dios, a la iglesia en su despliegue público en gloria como la morada de Dios, y en Su condición glorificada personal como Hombre a la diestra de Dios.

El llamado, “*El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias*” (v.13), cierra la epístola, y bien podríamos, en presencia de esta comunicación en gracia, unir su ferviente súplica, a escuchar y comprender con nuestros corazones.

(7) LAODICEA. (v.14-22)

Todo lo que Dios le ha confiado al hombre en su responsabilidad ha fallado completamente. Adán en el paraíso, Noé en la nueva tierra, Israel bajo la ley; el sacerdocio, los profetas y reyes, todos de igual manera y en sus variadas posiciones. La iglesia, ¡lamentablemente! No es una excepción a la regla general; porque en Laodicea vemos su condición final estimada por Aquel cuyos ojos, cuando Él andaba en medio de los siete candeleros, eran como llama de fuego. Nuevamente, debe recordarse que la raíz del estado de esta asamblea se encuentra en Éfeso, en la pérdida del primer amor. Fue allí donde comenzó el declinamiento, cuales hayan sido las intervenciones de gracia por parte de Dios para restaurar a Su pueblo, este declinamiento ha continuado, expresándose a sí mismo, como hemos visto, en variadas y amplias formas, hasta que finalmente los límites de la paciencia divina han sido alcanzados, y el Señor declara Su inalterable propósito de vomitarla de Su boca, como el vaso de testimonio. Él finalmente la rechazará como Su testigo, como llevando Su nombre sobre la tierra.

Es esta desesperanza, y ahora irremediable, condición de Laodicea que explica los caracteres especiales que el Señor asume en Su presentación: “*Y escribe al ángel de la iglesia en Laodicea: He aquí el Amén, el testigo fiel y verdadero, el principio de la creación de Dios, dice esto*” (3:14). Todos estos caracteres expresan lo que la iglesia debiese haber sido para Dios en el mundo; pero, habiéndolos falsificados, y venido a ser un testigo falso, el Señor se presenta a Sí mismo como Aquel en quien todos ellos han sido confirmados y verificados. Dios mantendrá Su propia gloria. Él permitirá que Su pueblo tenga el privilegio de tener parte en esto; pero si ellos fallan, Él mismo vindicará Su nombre:

(1) primero, entonces, Cristo es “*el Amén*”. La clave para comprender el significado de esta palabra puede encontrarse en 2ª Cor.1, donde leemos, “*porque todas las promesas de Dios son en él Sí, y en él Amén, por medio de nosotros, para la gloria de Dios*” (v.20). Es decir, que en Él está la afirmación y confirmación de la verdad de todo lo que Dios ha dicho. De manera que aquí el Señor, como el

Amén, se presenta a Sí mismo como “el cumplimiento y el verificador de todas las promesas de Dios”. La iglesia, repetimos, debiese haber sido esto, pero, habiendo olvidado su llamamiento celestial, y la fuente de su poder y bendición, ella ha encontrado un hogar en una escena donde el mismo Señor fue rechazado, y en esta forma ha venido a ser una negación de, en lugar de ser el Amén de las promesas de Dios.

(2) Conectado con ser este Amén, Cristo es también el Testigo Fiel y verdadero; y Él fue ambas cosas concernientes a Dios y los hombres. Aquí probablemente Él es visto en el primer aspecto, como el Testigo Fiel y Verdadero de Dios. Esto, como se ha notado antes, de la misma figura del candelero que se encuentra en el primer capítulo, que nos muestra el propósito por el cual la iglesia está en la tierra. El apóstol Pablo, por tanto, escribiendo a la asamblea en Corinto, dice, “*vosotros sois la epístola de Cristo*” (2ª Cor.3:3). Pero ¿Cómo podía una asamblea que, a su propia estimación, era rica, y que se había acrecentado con bienes, y que no sentía necesidad de nada, ser el testigo fiel y verdadero de Aquel que, cuando estuvo aquí, no tuvo donde recostar Su cabeza?

(3) Él era, además, “*el comienzo de la creación de Dios*”; Adán, el hombre responsable, fue el comienzo de la primera creación; pero en la cruz de Cristo el primer hombre vino a su fin ante Dios, él fue juzgado y puesto a un lado para siempre, y reemplazado por el Segundo Hombre, el Señor del cielo. Tan pronto como Cristo vino al mundo Él fue el segundo Hombre; pero Él no tomó este lugar hasta haber resucitado de entre los muertos, y como Cabeza ahora de una nueva raza, como también de Su cuerpo que es la iglesia. Es Cristo, por tanto, como resucitado y glorificado, quien es el comienzo de la creación de Dios, y es a Él en esta condición que la iglesia, que es Su cuerpo, es unida por el Espíritu Santo enviado desde el cielo, de allí que la iglesia “debía desplegar el poder de la nueva creación por medio del Espíritu Santo, que un hombre en Cristo es una nueva creación, donde todas las cosas son de Dios”. En lugar de eso, Laodicea testifica, que ella ha venido a ser la expresión de su propia importancia, codicia y pensamientos terrenales. Es una inmensa consolación entonces que, en tal estado de cosas, mirar hacia arriba y encontrar que, mientras todo ha sido arruinado en nuestras manos, para nuestra propia vergüenza y confusión, Dios encuentra la perfecta respuesta a todo Sus pensamientos de gracia, y ha asegurado todo para Su amado pueblo, a través y en Cristo.

Ahora se nos presenta la condición y el juicio de Laodicea “*Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueses frío o caliente!*” ¹⁶ *Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca*” (v.15-16). Al llevar el nombre de Cristo, presentándose a sí misma en el mundo como la iglesia, su condición moral, su principal característica fue su indiferencia, que brotaba de la falta de corazón por Cristo, y que se expresaba en un falso amor que considera todas las creencias “religiosas” igualmente buenas, con tal que haya en ellas sinceridad. Hay por lo tanto indiferencia, y no celo por Cristo ni odio del pecado; sino una suave y complaciente tolerancia de todo, y de todas las cosas; conectado con la

substitución de la humanidad en lugar de Cristo, y como consecuencia, filantropía por la religión. Como se ha escrito mucho tiempo atrás, «ésta no renunciaría a Cristo, mantendría la profesión, pero no sacrificaría nada por Él, y mantendría el lugar de iglesia, si, demandando ampliamente sobre muchos fundamentos como un cuerpo; pero el poder espiritual, en asociación individual de corazón con Cristo o sufrimientos por Él, han desaparecido».

Tal es la condición de Laodicea, su condición como discernida por Cristo, y ésta era nauseabunda para Él; por tanto, declara irrevocablemente que la vomitará de Su boca. Él no dice cuando hará esto; pero el decreto ha salido de sus labios, y no será anulado. Su significado es, que Él rechazará totalmente y para siempre a la asamblea o iglesia como Su testimonio público en el mundo. Ésta es la aplicación primaria; pero ciertamente cada creyente individualmente puede aprender, para instrucción y advertencia, que ningún estado o condición, es tan desagradable a Cristo como la tibieza y la indiferencia.

El Señor, en próximo lugar, expone la causa de la condición que Él condena, y aunque Él ha pronunciado el juicio, indica también el remedio. *“¹⁷ Porque tú dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad; y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo. ¹⁸ Por tanto, Yo te aconsejo que de Mí compres oro refinado en fuego, para que seas rico, y vestiduras blancas para vestirte, y que no se descubra la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio, para que veas”* (v.17-18). Como puede verse por Dt.8, y otras escrituras, el peligro en el desierto para el pueblo de Dios es aquel de las murmuraciones y la incredulidad; el peligro en la tierra, cuando está rodeado de bendiciones, es aquel de la suficiencia y exaltación propia. Es en este último peligro que ha caído Laodicea. Poseyendo toda la luz de la palabra de Dios y estando familiarizada con las bendiciones espirituales que son la conocida porción de la iglesia, ella olvida cual es la fuente de su riqueza, y se atribuye todo a sí misma. Es ella la que se ha enriquecido con bienes, y que no tiene necesidad de nada. En otras palabras, ella hace todo del hombre, y nada de Cristo, salvo para usar Su nombre para su propia exaltación. «En Laodicea, todo lo que ellos profesaban tener, todo lo que el hombre podía estimar de valor en ella, era falso y humano. No pienso aquí en las riquezas exteriores, sino en todo aquello que podía dar una gran pretensión a la sabiduría y el conocimiento, y también quizás a tener una vista más plena del Cristianismo».

¿Y qué, amado lector, existe hoy como siendo la contraparte de esta descripción? Además, ¿Qué es lo que finalmente formará Laodicea? Éste es, en una palabra, el racionalismo, ese racionalismo que está circulando por todas partes bajo el nombre de “amplia teología de iglesia”, y que crece diariamente, y ocupa un gran lugar en la iglesia Anglicana, y casi ha inundado todo el campo de los Disidentes. Porque falsos maestros de esta escuela han gastado todos sus esfuerzos para erradicar las verdades distintivas del Cristianismo; para rehabilitar al primer hombre, a pesar de que éste ha sido judicialmente puesto a un lado en la cruz de Cristo; y ellos nunca se cansan de proclamar que la luz de la razón, de sus propios

pensamientos, es más que suficiente para guiarlos, para decidir qué es la palabra de Dios, y también en su jornada a través de los laberintos de este mundo. Ésta es su jactancia perpetua de que ellos se han enriquecido con todos los acumulados tesoros de la ciencia, la filosofía, y la civilización del siglo actual. ¡Si, verdaderamente, y de acuerdo con su propia estimación, ellos no tienen necesidad de nada!

¿Pero cuál es la estimación de Cristo? Él dice, “*tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo*” y, más que esto, Él dice que Laodicea no sabe que ella está en esta miserable y grave estado. ¡Qué diferencia entre los pensamientos de Cristo y aquellos de esta asamblea! ¡Ella demanda tener un conocimiento superior! ¡Él dice que ella es completamente ignorante! ¡Ella piensa en su imaginada riqueza y posesiones! Él dice que ella no posee nada. ¿Qué estimación debemos aceptar? Recuerde, querido lector, al responder esta pregunta, que el Señor ha examinado esta asamblea con ojos que son como llama de fuego, que prueban y penetran dentro del verdadero carácter de todo lo que puede encontrar Su vista. Recuerde, también, que Él es Aquel en cuyas manos ha sido encomendado todo el juicio. ¿Puede usted dudar que el Suyo sea el verdadero veredicto? ¿Cuándo las almas aprenderán que el hombre es en sí mismo desgraciado, miserable, pobre, ciego y desnudo? Y esta asamblea, debido a su vana suficiencia e importancia propia se alimenta con la pretendida luz de las fuentes humanas, y ahora se encuentra lejos del fundamento del Cristianismo, sobre aquello que sólo es del mundo y del hombre natural; ésta es su triste y lamentable condición.

Nada muestra más plenamente la tierna gracia del Señor y Su paciencia que el consejo que Él da a Laodicea bajo estas circunstancias. Ella se ha alejado completamente de Cristo, excepto en profesión; aun así, Él desea atraer su atención hacia Él como siendo su única fuente de restauración. Consideremos entonces lo que Él en gracia ofrece. Éstas son tres cosas, “*oro refinado en fuego*” un bien conocido símbolo de la justicia divina, que, en Cristo, como se ha notado por otro, nunca está separada de la vida; “*vestiduras blancas*” que, como puede verse por Apoc.19, muestra la justicia de los santos, el fruto del poder del Espíritu que sigue a la posesión de, y sobre el venir a ser la justicia de Dios en Cristo; y “*colirio*”, o la unción del Santo (1ª Jn.2:20), que es la única fuente de percepción e inteligencia espiritual. La exhortación a “comprar” estas cosas de Cristo se comprenderá rápidamente a la luz de otras escrituras (ver Isa.55:1 y Mt.25:9-10). Ésta es simplemente una figura de la gracia, comprando sin dinero y sin precio.

En relación con el significado de este consejo del Señor, transcribimos las siguientes palabras: «Estas cosas son los dones divinos y el poder del Cristianismo en contraste con lo que el hombre posee como hombre, con aquello que él puede decir, *`ganancia para mí`*, la consciente posesión del hombre de aquello que le da importancia y valor a sus propios pensamientos. Lo que estaba allí faltando es lo que era divino y nuevo en el hombre. Estas son cosas

específicamente divinas conectadas con el rechazo del hombre y su aceptación solamente en Cristo, aquello que sólo puede tenerse en y de Cristo, y en ninguna otra parte; no un mejoramiento en el hombre, sino lo que era divino, y que se encuentra y obtiene sólo de Cristo»²⁸.

Hasta el v.18, el Señor se dirige al ángel de Laodicea. En el v.19, en vista de la posibilidad que creyentes individualmente se encontrasen en esta corrupta asamblea, Él anuncia un principio general en Sus tratos con Su pueblo, y después, como estando fuera, Él llama por si alguno que escuchara Su voz, quisiese admitirlo. El principio entonces es, *“Yo reprendo y castigo a todos los que amo”* (v.19). Que este principio es aplicable a aquellos en relaciones con Cristo (compare Job 5:17-18; Prov.3:11-12, Amós 3:2 y Heb.12:5-8, etc.), difícilmente será cuestionado. Éste realmente está en el fundamento de los tratos gubernamentales de Dios con Su pueblo en este mundo, y de allí la exhortación, *“sé, pues, celoso y arrepíentete”*. El Señor de esta forma advierte a cualquiera de Su pueblo, como también a aquellos que son sólo profesantes, de que Su vara ya está levantada, y que, si ellos no se arrepienten, Él debe dejar caer Su vara para reprensión y castigo. Precisamente vemos la misma cosa en la disciplina que Él ejerce a Su mesa. Dice el apóstol, *“Sí nos juzgáremos a nosotros mismos, no seríamos juzgados”* y nuevamente, *“cuando somos juzgados, somos castigados por el Señor, para que no seamos condenados con el mundo”* (1ª Cor.11:31-32). Es por tanto de la ternura de Su amor, que procede esta advertencia. Él nunca aflige voluntariamente y sin razón; pero si Su pueblo continúa haciéndose sordo a Sus advertencias, Él los ama demasiado para dejarlos sin reprensión y castigo.

En el próximo versículo tenemos, primero, la posición que el estado de Laodicea lo ha obligado a asumir: *“He aquí, Yo estoy a la puerta y llamo”*. La iglesia sobre la tierra es la morada de Dios a través del Espíritu; aun así, encontramos en esta escritura que Cristo es obligado por la condición en la cual ella ha caído, a estar fuera²⁹. El juicio no es aún ejecutado; Él todavía no la ha vomitado de Su boca; pero Él ha tomado Su lugar fuera. Como también leemos en el evangelio de Mateo que, inmediatamente después de anunciar Su juicio sobre el templo, y el Judaísmo, en las palabras *“vuestra casa es dejada desierta”*, Él *“salió y se alejó del templo”* (Mt.23:38 y 24:1). Es lo mismo con Laodicea; ésta ha venido a ser la casa del hombre, no la de Dios, un testimonio, por tanto, no a Cristo, sino a la propia importancia y suficiencia del hombre. En aflicción, y sabemos, por el caso análogo de la partida de la gloria del templo (Ezeq.10-11), no de buenas ganas, el Señor, es incapaz de quedar más allí, permanecer allí en aquellas condiciones

²⁸ *Collected Writings of J. N. D.*, vol. ii., "Expository"

²⁹ Recordando el carácter de candelero de la asamblea aquí, esta interpretación puede quizás ser cuestionada. Pero mientras es verdad que Él está fuera de los corazones de aquellos dirigidos, y buscando admisión, debe también recordarse que Cristo no está dentro de Laodicea, porque en ningún sentido podría decirse que ella era la habitación de Dios a través del Espíritu.

no sería consistente con lo que Él es, es decir, morar con la corrupción moral y la perversión de la verdad, que ha venido a ser asociada sobre la tierra con Su santo nombre, Él debe salir, y para siempre tomar Su lugar fuera de la iglesia profesante. No debe pasarse por alto que, aunque Laodicea puede no estar plenamente desarrollada³⁰, el Señor puede actuar en esta manera, aun ahora, respecto a asambleas particulares. Si una de éstas cae moralmente en el estado que corresponde con Laodicea, el Señor no aprobará esto con Su presencia en medio, porque en tal caso no podría decirse más que los santos allí están reunidos a Su nombre.

Sin embargo, si el Señor ha tomado Su lugar definitivamente fuera de Laodicea, Él no ha abandonado a ninguno de los Suyos que, fallando en discernir que el Señor se ha alejado, puede estar aún dentro. Entonces Él dice, *“he aquí, Yo estoy a la puerta y llamo”*. Lleno de paciencia y gracia, Él espera a cualquiera que puede haber sido arrastrado por las seducciones que lo rodeaban, y adormecido por la atmósfera en la cual estaba viviendo, y con urgentes llamados trata de despertarlos de su letargo. De este modo lo vemos a la puerta, la puerta está cerrada para Él mismo, y toca. Por si acaso alguno sincero, aunque dormido, como la esposa en Cantar de los Cantares (Can.5), pudiese responder, por si hubiese allí alguno que escuchase Su voz y le abriese la puerta, Él dice, *“He aquí, Yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye Mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo”* (v.20). Debe observarse el orden de la posible respuesta. Allí tenemos primero Su voz, Su llamado al arrepentimiento, y después el abrir la puerta. Ahora la esposa escucha Su voz, pero faltaba de energía para abrir la puerta hasta que fue demasiado tarde. No es suficiente, por tanto, escuchar Su voz; muchos creyentes, se encuentran, ¡lamentablemente! En malas asociaciones, pero aún permanecen donde están; y así puede ser con los santos en Laodicea, excepto, realmente, en Su misericordia Él Señor los saque de allí, como los ángeles en Sodoma, y los obligue de este modo a abrir la puerta.

La puerta estando abierta (*“si alguno abriese la puerta”*), cuán rica es la bendición realizada. Primero, *“entraré a él”* no a Laodicea; su juicio ya está sellado; sino a él, a aquel que por gracia, ha abierto la puerta. Y entrando Él manifestará Su gracia, *“cenaré con él”*; es decir, «descenderé donde él está, y tendré comunión con él en sus cosas» ¡Qué sorprendente es Su condescendencia! Pero si primero Él cenará con aquel que le ha abierto la puerta, esto es para guiarlo dentro de mayores bendiciones, cenar con Él mismo, tener comunión con Él en Sus cosas, comunión con Él mismo, el más exaltado privilegio, propuesto para un santo, y el más precioso gozo que alguno puede poseer ya sea en el tiempo o en la eternidad, porque ésta es la realización de nuestra perfecta asociación con Cristo.

³⁰ De hecho, aunque aquello que formará Laodicea se ve claramente por todas partes, el tiempo actual de su plena presentación como Laodicea no se nos declara, tampoco cuando ella será vomitada de la boca del Señor.

La promesa al vencedor tiene un carácter muy diferente de aquella presentada a Filadelfia. Ésta es, *“Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como Yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en Su trono”* (v.21). Vencer aquí es escuchar la voz de Cristo, y abrirle la puerta; pero esto envuelve un juicio de la condición de Laodicea, y separación de ella moralmente. Cada uno entonces, venciendo de este modo, se sentará con Cristo en Su trono. Él mismo ha vencido (ver Jn.12:31 y 16:33, aunque esto no es todo lo que Él ha vencido), y se ha sentado con Su Padre en el trono; de igual manera, el vencedor en Laodicea se sentará con Él en Su trono. Esto es prometido asociación con Él mismo en el despliegue público de la gloria en el reino. Una infinita gracia ciertamente, y aun así un muy diferente carácter de bendición de la íntima y celestial asociación con Él mismo prometida al vencedor filadelfiano. Ambas cosas de igual forma son dones de Su gracia, pero los dones son claramente en relación con el camino y testimonio de cada uno mientras estuvo en la tierra, en la escena del rechazo del Señor.

Finalmente, como en las tres previas comunicaciones, tenemos la proclamación o llamado a aquel que *“tiene oídos para oír”* termina la carta. Y este llamado aún resuena, con creciente energía entre el pueblo de Dios. ¡Oh! Que éste pueda encontrar y crear muchos oídos abiertos; que, los mismos oyentes puedan levantarse de su letargo, e indiferencia para escuchar *“lo que el Espíritu dice a las iglesias”*, y que, a través de la gracia, ellos también puedan recibir fuerza para juzgar todo aquello con lo cual están conectados, y esto por medio de la palabra viva de Dios que es el estándar perfecto; de manera que, tomando su parte separado del mal, ellos puedan ceñir sus lomos y con sus lámparas encendidas puedan esperar el retorno del Señor³¹.

E. Dennett.

³¹ Debe observarse especialmente que no hay en esta carta alusión aquí a la venida del Señor. La razón puede ser que, como se ha declarado en la introducción, mientras el Señor puede moralmente rechazarlo que constituirá Laodicea al rapto de los santos, puede también no ejecutar Su juicio público sino hasta después que los santos estén con Él, justo como Jerusalén no fue públicamente juzgada sino más de treinta años después de Pentecostés. Entonces Él permitirá que el mundo vea que ha quitado Su candelero.